

EL TURISMO MISIONERO Y SU OSCURO TRASFONDO

Unas reflexiones para perder falsos amigos y ganar algunos nuevos o vaya usted a saber



Pr. Joaquín Yebra.

Madrid y Verano de 2012

Contenido

UNAS PALABRAS DE ADVERTENCIA:.....	1
INTRODUCCIÓN.....	8
PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS.....	10
¿CUÁL ES EL MODELO QUE NOS ESTÁN IMPLANTANDO?.....	23
¡MÁS DIFÍCIL TODAVÍA!	33
¿QUÉ ESTÁ SUCEDIENDO?.....	41
UN “DIOS” AMERICANO	47
¿QUÉ VA A SUCEDER EN EL FUTURO?	59
CONCLUSIÓN:	69
BIBLIOGRAFÍA SELECTA:	73

UNAS PALABRAS DE ADVERTENCIA:

“La doctrina del Reino de Dios, que es la enseñanza principal de Jesús, aún cuando represente tan pequeña parte en el credo cristiano, es ciertamente una de las doctrinas más revolucionarias que alguna vez haya revolucionado y transformado el pensamiento humano.”

H.G. Wells.

(1866-1946)

Lo que sigue es fruto de mi experiencia cristiana y ministerial durante casi 44 años. También hay algo de investigación y mucha reflexión. Escribo en términos absolutamente personales. No pretendo comprometer a nadie, de modo que me podéis prender a mí, pero *debéis dejar ir libres a mis amigos*.

No represento ni pretendo representar a ninguna organización de cualesquiera factura. Debo comenzar, pues, por confesar que nunca he creído ni creo mucho –prácticamente nada- en ninguna de ellas. Y en algunas en particular, por haberlas conocido bastante desde sus entrañas, no creo nada en absoluto. Además me dan a veces miedo y en otras ocasiones me producen repugnancia. ¡Lo siento!

Por sentirme personalmente identificado con el anabautismo histórico en su rama no violenta, confieso que hay en mi pensamiento un inevitable componente anárquico –es decir, no jerárquico- que siempre me mueve a poner mi mirada, no en la iglesia o las iglesias institucionales como ámbito y meta del cristianismo, sino en el Reino de Dios y la soberanía divina por sobre todas las cosas, y como una realidad latente que un día se hará patente en la Segunda Venida de Cristo Jesús con poder y gran gloria.

Estoy plenamente convencido de que esto representa lo más opuesto a los poderes terrenales, por cuanto Jesús de Nazaret ha expresado con toda claridad que su Reino no es de este mundo, que no pertenece a este sistema que sólo deja a su paso hambre, destrucción, viudas y huérfanos. Esto último no es opinable, sino absolutamente constatable, por lo que para quienes participamos de ese modo de pensamiento, lo más antagónico a las instituciones jerárquicas no es la anarquía, como quieren hacernos creer, sino el caos del sistema imperante basado en el afán por el lucro y la dominación. Esto último seguramente voy a repetirlo varias veces. Lo creo así. Me encanta proclamarlo. No lo puedo evitar. Otros repiten las virtudes de las organizaciones que les dan de comer. Es natural.

Aparte de compartir las principales doctrinas de la Reforma del siglo XVI, como por ejemplo la definición de las Sagradas Escrituras Judeo-Cristianas como única regla infalible de fe, inspirada por el Santo Espíritu de Dios en sus documentos originales; el reconocimiento de Jesucristo como único mediador entre Dios y los hombres; el sacerdocio de todos los fieles y la presencia del Espíritu Santo y sus dones, ministerios y operaciones entre los cristianos durante todo el período de la Iglesia; el rechazo de la transubstanciación durante la celebración de la eucaristía romana, y de la misa como sacrificio; el anabautismo proclama que los verdaderos cristianos, nacidos de nuevo – del Espíritu Santo y su simiente incorruptible- deben vivir libres de la esclavitud del mundo, amar a sus enemigos y abstenerse de toda violencia, solidarizarse materialmente con los empobrecidos, sin apelar a las relaciones con el estado secular para conseguir cualquier tipo de privilegios y prebendas.

La concepción anabautista del cristianismo o anarco-cristiandad es como un constante discipulado que no cesa en su hermenéutica abierta; la visión de la comunidad cristiana como sociedad fraternal cuya ética y moralidad se basan en el Sermón del Monte de nuestro Señor Jesucristo. Por consiguiente, la insistencia del anabautismo se centra en la importancia de la comunidad de fe para la oración, la mutua corrección fraterna, la mutua ayuda material, la construcción de una comunidad cristiana formada voluntariamente, carente de jerarquías establecidas, sino constituida por ministerios, es decir, servicios capacitados por el Espíritu Santo y reconocidos libremente por la fraternidad de los fieles, sin imposición de ningún tipo.

La concepción anabautista del Cuerpo de Cristo en la tierra es la comunidad cristiana que se congrega siempre en el nombre de Jesucristo buscando la unción del Espíritu Santo en torno a las Sagradas Escrituras y la celebración de la Mesa Memorial de Acción de Gracias de nuestro Señor. De ahí que quienes nos sentimos apelados por esta visión y praxis del discipulado cristiano nos encontremos más cómodos con el término “*cristiandad*” que con la espuria voz “*cristianismo*”.

La concepción anabautista de la herencia de Jesucristo, quien nos ha legado su paz, no como el mundo la da, nos mueve enérgicamente a rechazar las persecuciones religiosas y las guerras, y a considerar un auténtico crimen proceder a la ejecución de cualquier persona por su fe y creencias. Nuestra norma es la libertad de conciencia, y su aplicación como libertad en el ámbito religioso para todos los hombres para vivir conforme a la fe escogida libremente o ninguna.

Este modo de pensar mío, naturalmente heredado y libremente asumido, me alegra mucho interiormente y me es impuesta necesidad proclamarlo y practicarlo para no

traicionar principios y vivir de prestado. Pero es un hecho que me ha costado grandes disgustos, perder aparentes amigos, el cierre de muchos foros y no poder salir en la *foto*. Esto último no me importa demasiado. Aprecio las buenas fotografías, pero nunca he sido aficionado a la cámara.

El resultado final es no saber qué hacer en cuanto a mi identificación asociativa formal, habiendo llegado con el paso de los años a dudar que sea precisa, ni en lo referente a mi adscripción personal para satisfacer esa necesidad tan humana de cumplir el sentido de pertenencia. Creo que la amistad, el compañerismo, una charla sin prisa en torno a una mesa, en buena paz y compañía, aunque no se compartan más que huevos duros y nueces, o gachas, o migas, o gazpacho, o salmorejo, son elementos vinculantes de mucho más hondo calado que las adscripciones asociativas con sigla, cuota y carnet.

Afortunadamente, me siento firme en mi fe bíblica en Jesucristo como único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente, si bien experimento gran incomodidad con bastante frecuencia dentro del entorno asociativo en que me hallo. Las siglas y los carnets me siguen produciendo hondos reparos. Las estructuras al estilo de los partidos políticos y los sindicatos estatales me producen náusea vomitiva y gases intestinales que claman por su libertad.

Sin embargo, procuro saber estar y mantener una mínima relación asociativa para no caer en aislamientos egocéntricos. Lo que sí echo mucho en falta es la posibilidad de compartir pensamientos e inquietudes con otros cristianos que estoy seguro no están muy distantes de quienes nos inclinamos hacia estos derroteros. Infortunadamente, la superestructura institucional está organizada de tal manera que bajo apariencia de libertad se mantienen los círculos blindados para evitar el contraste de pareceres y la autocrítica, así como sutiles grados de nepotismo hábilmente maquillados. Claro está que del mismo modo que los mejores desodorantes abandonan hacia las 7 de la tarde, estos maquillajes también van desprendiéndose de los rostros hasta dejar a éstos al descubierto.

Al mismo tiempo, he de decir que me consta no encontrarme solo y aislado en mi forma de pensar. En conversaciones *a micrófono cerrado*, muchas, he podido constatar que son bastantes los queridos hermanos que piensan exactamente lo mismo que me he atrevido a exponer en estas breves páginas. Ellos tienen sus razones para no hacer público su pensamiento. No les juzgo. Al fin y al cabo seguimos viviendo en una sociedad en la que siempre se nos ha dicho que procuráramos “*no significarnos*”, especialmente a los que ya hemos superado la edad de la jubilación, si es que se mantiene.

Además, nos han hecho creer que hacer públicas ciertas cosas no es conveniente porque podemos escandalizar a los más tiernos. Ese es un temor que confieso a mí también me alcanza. Quizá por eso he pasado tres meses pensando si sería oportuno publicar estos pensamientos.

Sólo puedo creer en las personas, no en las siglas, por cuanto tras ellas siempre se esconden instituciones de hombres que aceptan, alientan o promueven organizaciones o situaciones en las que unos ejercen coacción sobre otros, sea bajo la forma de poderes “*públicos*”, iglesias o gobiernos obligatorios, sin jamás plantearse, ni permitir que otros

lo hagan, la posibilidad de otras formas en la que los humanos nos organicemos voluntariamente.

No concebimos, pues, una iglesia que no sea un organismo consistente en la asociación y el pacto voluntarios, sin coacción entre las personas y el rechazo de toda organización y pacto obligatorio al estilo de los organismos de los estados seculares.

Tampoco nos resulta fácil aceptar las instituciones jerárquicas disfrazadas bajo la apariencia de no serlo, las que no pasan de ser círculos de nepotismo, insistimos, bajo espesas capas de maquillaje, o de familias de apellidos con “*pedigrí*” entre quienes se reparten todos los estamentos y órganos de toma de decisión.

Creo que cada ser humano es sumamente valioso ante Dios, por lo que sólo debe regir el derecho natural de las personas como fundamento de libertad individual, sin que haya lugar para imposiciones de gobiernos, civiles o eclesiásticos, sobre los seres humanos. Esto no es capricho nuestro, sino que creemos que nuestro posicionamiento se desprende de las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio, esas enseñanzas que no aparecen en los credos o declaraciones de fe de las denominaciones cristianas, ni una sola. Y esto también es constatable.

De ello se desprende que la *cristiandad*, frente al “*cristianismo*”, pues consideramos a este último como un engendro resultante de lo que los poderes fácticos han hecho cambiando al Jesús de la Biblia por un “*Cristo*” domesticado y adaptado al servicio del “*statu quo*”, fuera en principio una cristiandad constituida como movimiento en sus orígenes sencillo, llano, popular y pacífico, donde no hubo lugar para estructuras de poder movidas por el afán por el lucro y la dominación –ya advertí que lo repetiría- por cuanto Jesús de Nazaret vino para dar el poder de la dignidad a todos los hombres –varones y mujeres por igual- comenzando por los empobrecidos, marginados, enfermos y poseídos, y liberar al pueblo de las doctrinas religiosas, socio-políticas y económicas de naturaleza opresiva.

De ahí se desprende el crudo conflicto que significó Jesús de Nazaret con la interpretación oficial de la Ley, con las autoridades del templo de Jerusalem y los poderes fácticos de la mayoría de los escribas, fariseos y saduceos, los acaudalados explotadores del pueblo empobrecido y la nobleza laica.

Jesús de Nazaret enseñó que la única figura con derecho de autoridad es Dios, y no el hombre como individuo, por lo que la inversión producida en la humanidad borra los rasgos de las personas convirtiéndolas en individuos que responden al lema de “*a cada uno lo suyo*”, síntesis de todos los sistemas de explotación, de entonces y de ahora.

De ahí que tanto el cristianismo del imperio romano, como el de los sucesivos imperios hasta nuestros días, haya caído en las viscosas redes de la plutocracia y ha conducido a muchas instituciones eclesiásticas en la actualidad al fondo del abismo de la casi absoluta insignificancia espiritual, cuando no el desprecio total por parte de las personas e instituciones a favor del desarrollo y el avance social.

A esto hemos de añadir el hecho incuestionable del descenso en la asistencia a los cultos en las sociedades más desarrolladas desde hace muchas décadas. De varias fuentes llega el dato de una asistencia a los servicios de las iglesias de las diversas denominaciones

del evangelicalismo americano en su contexto estadounidense en no más de un 18% de su membresía.

Algunas de las primeras imágenes que se producen en la mente de muchas personas en Occidente al escuchar las voces “*iglesia*” o “*clérigo*” son las relacionadas con los escándalos y abusos sexuales de menores, los desfalcos de fondos y la red de hipocresía de la ocultación de información, y el secretismo característico de las sectas de más antiguo origen.

Desde nuestro punto de vista y de partida, sólo hay una fuente de autoridad a la que las personas hemos de responder, y es la autoridad de Dios encarnada en la persona y las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, único dueño de la conciencia del hombre. La libertad de gobierno o de religión –nosotros preferimos referirnos a ella como libertad de conciencia- está justificada espiritualmente y creemos que ha de ser guiada exclusivamente por la gracia de Dios si los hombres mostramos compasión y valoramos a cada ser humano como un hijo o una hija de Dios.

Creemos que como discípulos de Jesús de Nazaret hemos de oponernos a cualquier uso de la fuerza, y abogamos por la resistencia no violenta contra la guerra –nefasto negocio de máximo lucro para los poderes ocultos del gran capital- así como contra las constantes agresiones de los estados seculares, y en general la imposición del hombre sobre el hombre, hasta convertirlo en lobo para su hermano.

Creemos que debe existir absoluta libertad de elección de la forma de gobierno en todos los planos y órdenes de la vida, comprendida la religión voluntaria, así como los modelos económicos que los pueblos escojan, con la libertad de poder cambiar y modificar dichos modelos cuando éstos resultan inoperantes o fracasados.

Creemos que la búsqueda de la libertad está perfectamente justificada conforme a las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, siempre opuestas a las concepciones verticalistas, tales como los gobiernos de las iglesias conocidas, comprendidas aquellas que pretenden ser lo contrario ante la “*galería*”, pero que desde dentro pronto hemos podido descubrir que son verticalismos disfrazados o nepotismos de sangre o círculos de favor, donde la falta de “*pedigrí*” es elemento marginador.

Creemos que todos los seres humanos podemos entrar en comunión con Dios sin la necesidad de la pretendida labor intermediaria de los clérigos de turno, cualesquiera, y que de esa manera, y como resultado de esa comunión, podemos unirnos en paz para formar comunidades fraternales donde prime la hermandad y la amistad; comunidades que se sientan y actúen como embajada de un Reino que no es de este mundo, es decir, donde no se ejerza la fuerza y la coacción; comunidades sanadoras; comunidades de amor fraterno; comunidades como familia de contraste y señal para el mundo caótico en que sobrevivimos.

Las fuentes de las que nos hemos nutrido son ante todo las enseñanzas de Jesús de Nazaret y la praxis de las primeras comunidades cristianas, antes de que fueran adquiridas y auspiciadas por el imperio romano y se formara una organización mundial abocada a su descomposición en mil fragmentos, como demuestra la historia, al igual que su propio imperio patrocinador. Esto también es constatable.

Para todo aquel que desee investigar un poco, le remitimos a las obras de León Tolstoi, Lysander Spooner, William Cavanaugh, Jacques Ellul, Stanley Hauerwas, Fedor Dostoievski, Emmanuel Mounier, H.G. Wells, Martin Luther King, Jr., Iván Illich, Carlos Díaz, y muchos más, cuya producción literaria, como era de esperar, no puede encontrarse en las estanterías de las denominadas “*librerías evangélicas*”, hoy llenas de CDs, DVDs, pins, marcadores de lectura, lápices y bolígrafos con texto bíblico, y toda una amplia parafernalia importada.

En estas páginas hablo en el sentido más general, y me refiero a un “*misionero*” cuyo perfil es bien conocido por la inmensa mayoría de los evangélicos españoles y de otras latitudes, respecto del cual hay mucho silencio por respeto y amor a la obra del Señor. Si fueran casos puntuales, excepcionales, y no respondieran a una mentalidad y una actitud fruto de algo mucho más profundo y creemos orquestado, nunca hubiera escrito estas páginas, pues soy consciente del precio que habré de pagar por ello; pero al tratarse de algo mucho más hondo y cuyas consecuencias nos asustan, hemos sentido el deber de poner por escrito estos pensamientos, abiertos al diálogo con quienes todavía crean en él. Tristemente, no muchos.

Creo que hay también en todo esto un componente de miedo. El temor es sin duda, al menos según veo yo las cosas, uno de los elementos que conforman nuestra sociedad general, y muy particularmente el ámbito religioso.

El peso de las sombras de nuestro pasado histórico reciente, y puede que el ancestral también, es mayor de lo que pensamos o nos atrevemos a poner en voz alta, por mucha arena con que cubramos nuestras vergüenzas, propias y ajenas.

Nos parecemos mucho al cuento del vestido del emperador, a todas luces inexistente, pero que todos alababan por su hermosura, ya que quien no lo viera sería tachado por su sastre estafador como mentecato, algo que nadie quería ni quiere ser.

Sin embargo, alguien tiene que atreverse a denunciar que el monarca está en “teja vana”, o en ropa interior, y que no hay tal traje, cueste lo que cueste, aunque le dediquen a uno no sólo los adjetivos más peyorativos, sino incluso la atribución de los mayores despropósitos y las más oscuras intenciones del corazón.

Reconocemos, no obstante, que ha habido y hay en el campo misional del protestantismo evangélico, al igual que en el de todas las demás denominaciones cristianas, muchas honrosas excepciones; hombres y mujeres a quienes he conocido y conozco por nombre y apellido, y que han dejado una honda huella en mi corazón, si bien he de reconocer que la mayoría de ellos pertenecen al pasado.

En las más recientes oleadas misioneras de nuestros días son “*rara avis*”, por cuanto el fondo histórico-cultural al que nos referimos en el último capítulo de este ensayo, ya ha permeado tan hondamente en la mentalidad de los “*agentes misionales*” de las organizaciones del protestantismo evangélico, especialmente los de impronta norteamericana, que quienes lo componen suelen ser los primeros ignorantes de este peligroso asunto, del que ellos mismos son, a nuestro entender, sin duda sus primeras víctimas. Esto suele ser frecuente en todos los órdenes.

Comenzaremos con algunas “*anécdotas*” puntuales para “*hacer boca*”, y a continuación entraremos más allá de lo folklórico. Puedes estar seguro, querido

hermano misionero, si es que llegas a leer estas páginas, que si tú no respondes al perfil descrito en estas letras, es que no estás entre aquellos otros que tratamos de describir procurando no ser ofensivos, si bien estamos plenamente convencidos que tal cosa nos resultará imposible.

Es decir, aquí obraremos, como suele decirse en clave de humor en los círculos romanos:

“Si el papa acierta, será por haber hablado ‘ex-cátedra’; y si falla, habrá sido un error del ‘Observatore Romano’.”

En definitiva, tú eres quien decides si en estas páginas hablamos de ti o no, de tu “*empresa misionera*” o no. Tú verás... ¡Acuérdate del lema de la *Orden de la Jarretera*!

“Honi soit qui mal y pense”

INTRODUCCIÓN

Alguien ha dicho que cuando uno llega a cierta edad avanzada puede permitirse el lujo de proclamar a los cuatro vientos lo que uno verdaderamente cree y lo que uno realmente espera, sin tener que recurrir a eufemismos y otras zarandajas por temor a que le escarnen a uno.

También creemos que es cierto que el tiempo se encarga inexorablemente de mostrar la realidad de cosas que durante años hemos percibido, pero no hemos querido asumir por parecernos demasiado crudas y repugnantes como para ser ciertas.

El paso de los años acaba con muchas cosas, buenas y malas, y entre las malas se encuentran los miedos y temores a las represalias, si bien éstas siempre son posibles para quienes han vivido habitualmente medrando y expandiendo *dimes* y *diretes* por doquier, creando pasillos y bulos e intrigas palaciegas, como es propio de “*cortesanos*” y “*cortesanans*”.

Son quienes se atreven, aventuran y osan opinar sobre una persona incluso sin conocerla en absoluto. Tú y yo es más que probable que los conozcamos e incluso que hayamos experimentado dolores causados por estos “hermanitos”. Personalmente llevo bastantes años sufriendolos. Aunque también he de decir que, del mismo modo que uno llega a acostumbrarse a un dolor persistente, como nos suele ocurrir con la artrosis, siempre, claro está, que no sea demasiado punzante, lo mismo sucede con estas “*moscas*” insistentemente pesadas, a las que uno llega a acostumbrarse, si bien hay que recurrir de vez en cuando al pulverizador de insecticida. Es parte de su juego, que no del nuestro.

Por otra parte, nunca es grato perder amigos, si es que alguna vez lo fueron, por expresar lo que uno cree en función de la apreciación que hemos podido hacer de la vida y de las cosas que la forman.

Después de cuarenta años de ministerio pastoral, y habiendo recorrido más de la mitad del trayecto, es decir, cuando nos hallamos, empleando terminología de aviación, en el “*punto sin retorno*”, y ya no tenemos combustible para regresar al punto de partida, sino que hemos de seguir “*volando*” hacia delante, no tenemos miedo de abrir nuestro corazón y relatar las cosas que uno cree y las vivencias y experiencias que hemos

tenido, salpicadas con algunas gotas de reflexión, incluso con alguna aportación de pretendido humor con que reducir la acritud no buscada ni deseada.

Indefectiblemente, todos llegamos a ciertas conclusiones que son fruto de la vida, de las relaciones y las experiencias. El tiempo suele actuar como catalizador de muchas cosas, así como eliminador de prejuicios y actitudes bisoñas.

Además, el paso de los años nos permite expresarnos sin acritud, al menos con una notable reducción de la misma, incluso procurando hacerlo con algún tinte de humor o cuando menos procurando realizar lo que nosotros llevamos años denominando una “*desdramatización*” de los acontecimientos, lejos de toda posición de naturaleza dogmática y pontifical, pero, al mismo tiempo sintiendo una seria preocupación por el presente y el futuro del “*cristianismo*” en general, y del evangelicalismo en particular.

Ese es el caso de lo que sentimos al escribir estas letras en su primera parte anecdótica, y compartirlas con todo el que se tome la molestia de leerlas, dispuestos, naturalmente, a dar razones de nuestro sentir, explicaciones ulteriores de nuestras afirmaciones y cualquier tipo de aclaraciones a quienes las puedan precisar, preferentemente en torno a una mesa tomando un café, o dos –en mi caso personal, el segundo descafeinado– siempre cara a cara. No suele ocurrir, pero pudiera darse el caso. Soy accesible.

Detestamos las discusiones electrónicas en los llamados “*medios sociales*”, a las que tan aficionados son especialmente los ociosos y otros especímenes de la jauría humana en general, y de la religiosa en particular.

Al llegar a la última parte de este escrito, cuando pasamos a analizar muy seriamente el fondo anti-derechos humanos de grandes sectores del evangelicalismo norteamericano, dejamos atrás todo tinte de “*desdramatización*” para considerar con gran temor y temblor lo que está aconteciendo y el futuro al que nos dirigimos en este mundo globalizado, y muy particularmente en lo que se refiere a una cristiandad americanizada como puerta a lo que vislumbramos como un oscurantismo aterrador, no tan distante del que ensombreció el Evangelio de Jesucristo en los siglos del oscurantismo.

Desde nuestro punto de vista, estimamos se trata de la mayor traición posible al proyecto de Iglesia que Jesucristo ha prometido edificar, tan distante de la verdad evangélica como lo ha venido siendo en todos los formatos y versiones del cristianismo vinculado al estado secular o los imperios socio-económicos del pasado y de nuestros días.

También somos plenamente conscientes de que estas páginas levantarán ampollas, y puede que en algunos casos se produzca incluso un prematuro crujir de dientes, especialmente entre quienes se vean retratados, o quizá debería decir “*descubiertos*” y “*desenmascarados*”. Esto es algo absolutamente inevitable. Así son las cosas y así nos parecen, aunque también creemos que algunos pondrán en marcha el viejo refrán que reza que “*el mayor desprecio es no hacer aprecio*”, si bien creemos que su “*procesión irá por dentro*”. Si es así, pues mejor, nos ahorraremos disgustos, que ya no está uno a nuestra edad para muchos.

PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS

“El hábito prolongado de no reparar en la maldad de una cosa, puede darle la apariencia superficial de ser algo bueno.”

Thomas Paine.

(1737-1809)

Desde que conocí el Evangelio de Jesucristo comencé a tener contacto con los llamados “misioneros evangélicos”, casi todos ellos norteamericanos o de la llamada “anglosphere”, la “angloesfera” o mundo de lengua inglesa, que rompieron en mil pedazos la idea que yo tenía de lo que era un misionero, y no sólo la mía, sino la de la inmensa mayoría de los españoles hasta el día de hoy, quienes por generaciones han afirmado rotundamente que “no creían en los curas, pero sí en los misioneros”, de quienes teníamos la imagen de ser hombres y mujeres muy entregados y comprometidos con el bienestar de los más infortunados y desposeídos de la tierra.

Los misioneros, para la inmensa mayoría, eran mujeres y hombres interesados y dedicados a levantar hospitales, ambulatorios, leproserías, escuelas, centros de formación laboral y desarrollo de la mujer en zonas degradadas, pero, desde luego, sin ningún parecido a estos especímenes que vivían en chalets y hacían, en el mejor de los casos, alguna incursión en un barrio obrero para repartir algunos folletos propagandísticos de su “fe”. Y esto, en el mejor de los casos.

Aquellas gentes siempre sonrientes no se parecían en nada a los misioneros de las diversas órdenes católicas que habíamos visto en películas, reportajes, revistas y entrevistas en los medios, trabajando entre los más desfavorecidos, curando enfermos,

ayudando a parir, levantando leproserías, enseñando en escuelas rudimentarias, y pasando por las mayores carencias y sufrimientos por amor a Dios y a los hombres.

Tampoco tenían parecido a aquellos misioneros protestantes que vinieron a trabajar en España durante el siglo XIX, y fundaron escuelas y hospitales, además de establecer congregaciones cúllicas, sin las pretensiones cinematográficas y las actitudes circenses de tantos “payasos” de multinacionales de la religión organizada, con perdón de los verdaderos payasos que se ganan la vida bajo las carpas de los circos haciendo felices a niños y mayores, a quienes insisto en rogar me perdonen por tan cruel comparación al usar su honroso nombre para referirme a esa fauna verdaderamente dañina para el verdadero Evangelio de Jesucristo, y peligrosa para la integridad del alma y la identidad humanas.

Estos otros parecían turistas, generalmente establecidos en las grandes ciudades, como Madrid y Barcelona, así como en las localidades costeras del Levante, Cataluña y Andalucía; que hacían incursiones en los barrios de la periferia de Madrid y de otras grandes urbes, pero ellos residían en las mejores zonas de la ciudad; en urbanizaciones residenciales de chalets y viviendas unifamiliares, y apenas se mezclaban con los “nativos”, en este caso, con los españoles.

Hoy tampoco muestran un gran interés por la población española, sino que vienen especializados en alcanzar a los que ellos mismos denominan la “diáspora de Latinoamérica”, es decir, el gran contingente de inmigrantes procedentes de la Hispanidad, aparentemente “presa fácil” para meter en sus redes, sacar fotos, justificar su estancia en España y muy poco más.

Naturalmente, y con escasísimas y honrosísimas excepciones, la práctica totalidad de ellos buscaban grandes ciudades o lugares de tipo “resort” de vacaciones para establecerse y disfrutar del sol de España, ya que del “sol de España embotellado” – histórico slogan de nuestro magnífico vino fino ‘Tío Pepe’- les estaba prohibido por su cultura abstemia del puritanismo anglosajón, al menos en público.

Jamás podré olvidar la escena de aquella aparición de uno de ellos, en su fabuloso coche Mercedes blanco -esto es absolutamente literal- mientras nuestra iglesia española e independiente predicábamos el Evangelio bajo una carpa alquilada en medio de un descampado en la “UVA” (Unidad Vecinal de Absorción) de la Villa de Vallecas de los años ochenta del pasado siglo, junto a un conglomerado de casas malamente prefabricadas y cubiertas con una rígida techumbre de Uralita, bajo la cual el frío y el calor llegaban a ser insoportables. Aquella obscena indignidad del franquismo acabó con el primer gobierno del PSOE, con el que aquellos “misioneros” no simpatizaban.

Cuando hizo acto de presencia aquel automóvil de primer rango y alta gama, entre charcos y latas, los chiquillos se lanzaron sobre él en una escena de película de corte italiano de la postguerra, admirando aquel vehículo mientras el “misionero” bien trajeado y luciendo su Rolex de oro se aproximaba parsimoniosamente a la carpa en la que nos encontrábamos predicando y orando por los enfermos, junto a un nutrido grupo de hermanos de la congregación evangélica gitana local.

Hubiera sido una estupenda ocasión para filmar el episodio y enviarlo a algún concurso de videos de primera. Seguramente también habría sido inspirador para algún director cinematográfico de aquella época. Aquella escena grotesca podría haber sido una

secuencia de una nueva versión, en este caso “evangélica”, de “*Bienvenido Mr. Marshal*”.

El “pájaro” en cuestión, a la sazón un “chicano-americano”, venía acompañado por otro “misionero”, en este caso un “italo-norteamericano” que era conocido por aprovechar sus frecuentes viajes a las Islas Canarias para comprar y traerse precisamente un *Rolex* de oro en cada viaje, que después vendía en la Península para obtener un pingüe beneficio. Hijo de mafioso “regenerado”, parece que había aprendido el oficio desde la cuna.

Como era de esperar, al manifestar mi malestar por aquella incursión descerebrada, fui acusado de “*envidia*”, como según ellos era el caso de la mayoría de los españoles, por lo que consideraban no era beneficioso mantener relaciones de amistad con los “nativos” para no provocarles a envidia al conocer su nivel de vida, sus hogares, etc. A esta acusación, naturalmente, siempre se añadía el diagnóstico de tener “*un mal espíritu*”, recursos defensivos que después escuché emplear en muchos otros casos contra quienes mantenían criterios distintos a los de la superestructura misionera.

La presencia de aquel “misionero” me costó personalmente mucho trabajo y esfuerzo, amén de alguna renuncia, para demostrar en la Villa de Vallecas que éramos efectivamente una iglesia española, no vinculada a ninguna organización misionera extranjera, sostenida exclusivamente por quienes la componíamos, “*sin concesiones a nadie que no fuera nuestro Señor y Salvador Jesucristo*”, como rezaba la dedicatoria de la Biblia de púlpito que nos había regalado mi buen amigo y hermano Eugenio. Conservo este ejemplar en casa, pues no quise que se perdiera después de haberse deteriorado bastante por el uso.

Recuerdo que también tuve personalmente que convencer a más de un malintencionado de que el único punto de coincidencia entre el coche de aquel “misionero” y el nuestro era el color. El nuestro era un *Seat-Panda* blanco que le había tocado como premio a nuestra hija Myriam, en una papeleta de la *Asociación de Comerciantes del Mercado de la Calle Monte Igueldo de Vallecas*, una Navidad en que cada puesto de venta te regalaba un número para el sorteo de aquel “*flamante automóvil*”, el modelo más baratito de *Seat*, por cada cien pesetas de compra en cualquiera de los puestos del mercado.

No me resultó fácil, ni a mí ni a quienes hicieron suya mi visión de una iglesia libre de ataduras, demostrar que no pertenecíamos a ninguna organización religiosa de importación, ni éramos francmasones; que no estábamos dentro del programa de americanización de la iglesia evangélica en España; y que nuestro sostén procedía, y sigue procediendo, sólo, única y exclusivamente de las ofrendas voluntarias de los miembros que formábamos nuestra congregación, a la sazón una veintena de personas de clase trabajadora, asalariados en distintas ramas laborales.

Nuestro propio sostén familiar procedía de mi puesto de trabajo como profesor en el Departamento de Formación de la empresa constructora de automóviles *Chrysler*, la antigua “*Barreiros*” de Villaverde.

Aquellos “misioneros”, después de la reunión de la iglesia, desaparecían de la vista. Se asemejaban a los políticos que hacen acto de presencia en el ámbito del común de los mortales durante el período preelectoral, para desaparecer después de la vida cotidiana.

Se quitan la corbata, el traje de corte caro, los zapatos italianos, el reloj de oro, se pegan una sonrisa prefabricada sobre los labios, y se dedican un par de horas o tres a saludar a las señoras que van a la compra al mercado del barrio, y después del “show”, se lavan las manos “manchadas” de saludar a las que ellos denominan “marujas” y se van a comer a un buen restaurante a la salud del pueblo, de la canalla.

Estos “misioneros” no compraban en las tiendas en que lo hacíamos nosotros, sino que en aquellos días, y aprovechando su relación con familias militares norteamericanas, realizaban sus compras en los economatos de las bases militares conjuntas hispano-norteamericanas. De hecho, la concentración de ellos que residían en Torrejón de Ardoz y alrededores era bastante numerosa, por la ubicación de una base de tales características en dicha localidad.

Sus hijos tampoco asistían a colegios españoles, sino que su escolarización era, y en algunos casos sigue siendo, en un sistema aberrante y brutalmente antipedagógico y antisocial denominado “home schooling” (“escuela de hogar”), en el que mediante enseñanza programada eran los padres quienes se encargaban de proveer la instrucción a sus hijos, aislados de los demás niños o en pequeños grupos de hijos de “misioneros”, separados del contexto social al que decían amar tanto, y por el que habían “renunciado” a vivir unos años lejos de su “paraíso”. Lo cierto es que se podían haber quedado en casa, en su casa.

Otra opción era enviar a su prole a un colegio especial para hijos de misioneros, en el que se daba, y continúa dándose, la instrucción en lengua inglesa, y se seguía el currículo estadounidense. Al comenzar a servir como profesor en un seminario regentado por un grupo misionero de dicha calaña se nos ofreció como familia poder enviar a nuestra hija, entonces nuestra única hija, a dicho colegio, lo que rechazamos por considerar las serias dificultades que representaría hacerle seguir un currículo que no se ajustaba al español, lo que le obligaría a tener que continuar sus estudios en otra nación que lo aceptase como válido.

Entre ellos también había algunos hijos de misioneros de Latinoamérica, de los admiradores del “Big Brother” del Norte, o sostenidos por alguna organización evangélica de dicha nación. Naturalmente, los que residían cerca de las bases militares conjuntas hispano-norteamericanas, aprovechaban éstas para enviar a sus hijos a los colegios para el personal militar, relación a todas luces altamente sospechosa para quienes hemos recibido como regalo de Dios una mente inquisitiva que nos mueve a hacernos preguntas. Y particularmente a quienes sabemos de la relación constatada de familias misioneras norteamericanas destinadas en Latinoamérica y su vinculación con la “Central de Inteligencia de los Estados Unidos”.

Sabemos que estas afirmaciones nos pueden costar un serio disgusto, básicamente porque ya nos lo ha costado, pero se trata de algo que nosotros no nos hemos inventado, sino que es de conocimiento público, excepto, claro está, en los círculos evangélicos de hermanos muy amados pero desconocedores por crédulos de “la misa la media”.

Quienes sólo leen los libritos en pésimo castellano de las editoriales inspiradas por el evangelicalismo norteamericano, pero rara vez, si es que alguna, compran un periódico diario o una revista de análisis y pensamiento, jamás podrán llegar a conocer

determinados aspectos del trasfondo oscuro de ciertas organizaciones y sus pretensiones inconfesables.

Cuando casualmente descubrieron que mi suegro había nacido en los Estados Unidos, nos ofrecieron la posibilidad de adquirir la nacionalidad americana, a la que hubiera podido posiblemente acceder mi esposa, para, de esa forma, poder ser “adoptado” y tras un período de “adiestramiento” en la “casa matriz”, volver a España como “misioneros” sostenidos por el dólar. Naturalmente, hicimos caso omiso a semejante proposición. Esto, junto con otras circunstancias, nos pasaría factura años después.

Al investigar un poco aquella situación y el *status* de aquellos “misioneros”, comprendí que ese proceso de americanización del cristianismo evangélico español y europeo también había acontecido anteriormente en Latinoamérica, África y en cuantos lugares de Asia donde les había sido factible establecerse.

En muchos casos esto había acontecido en un grado muy superior al español. Al fin y al cabo, esto era y sigue siendo Europa, somos parte del Viejo Continente, más específicamente formamos la *Puerta Sur de Europa*, y ya nos han engañado demasiados invasores como para que muchas artimañas, comprendidas las más modernas y sofisticadas, nos resulten novedosas y creíbles.

Este proceso de americanización sólo les había resultado imposible llevarlo a cabo en la Europa del Este, en las naciones de detrás del llamado “Telón de Acero”, donde los comunistas les habían plantado cara; curiosamente no por la predicación del Evangelio propiamente dicha, como trataron y continúan procurando hacernos creer desde aquellos años, sino por su vinculación al sistema socio-político capitalista cuyo objetivo era acabar con aquel otro sistema alternativo, y para lo cual vergonzosamente se emplearon aparentes “misioneros”, en semejanza a lo que el Imperio Británico había hecho antes en sus colonias africanas y asiáticas.

Después de la caída del llamado “telón de acero”, que ellos se empeñaban en denominar “cortina de hierro”, haciendo una traducción literal del inglés, estos “misioneros”, descritos muy acertadamente por algunos críticos como “*mantis religiosas*”, eufemismo en paralelismo sinonímico con el de “*lobos con piel de cordero*”, en palabras literales de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio, cayeron como aves rapaces sobre las gentes cansadas de la dictadura roja y procedieron a darse un “*festín*” que les ha durado algunos años. Hoy el pastel se les ha vuelto a endurecer, como era de esperar.

Ahora, cuando las cosas se han ido calmando, ya les están empezando a resultar difíciles sus pretensiones misioneras. De ahí que renuncien a traspasar fronteras y se centren en tratar de alcanzar a los grupos nacionales o étnicos en la emigración que ellos denominan “*diáspora*”.

Cuando comencé a enseñar en un seminario auspiciado por estos “misioneros-turistas” llegué a un punto próximo al paroxismo. Por un mínimo sentido de pudor no compartiré muchas de las experiencias y vivencias de aquella época. Sólo me limitaré a relatar algunos hechos anecdóticos realmente curiosos. Si alguien se reconoce, debo admitir por adelantado que en este caso, y a diferencia de lo que nos dicen en el cine de ficción, cualquier parecido con la realidad no es mera coincidencia sino absoluta realidad.

Además de encontrarme con un nivel académico para retrasados mentales, tan elemental que quedaba muy por debajo de las escuelas dominicales a las que estaba acostumbrado, descubrí una mentalidad verdaderamente inimaginable. Recuerdo a un profesor-misionero que llegó a proponer que se dedicara por completo el primer año del plan de estudios a la adquisición por parte del alumnado español de un nivel de conocimiento de la lengua inglesa que les permitiera, a él y a otros, impartir su docencia en inglés, en vista de su falta de conocimientos de castellano, lo que le hacía quedar en evidencia ante los estudiantes. Recuerdo que a mí me acusó de “*jugar con ventaja*” por ser español y conocer también la lengua inglesa desde mi temprana infancia.

Naturalmente, aquella descabellada propuesta, a la que no podíamos dar crédito, y que afortunadamente nunca cuajó, no podía ser más contraria a los más elementales principios misionológicos de adaptación del misionero al medio y no al contrario. Pero cuando se parte del erróneo principio de que lo “*nuestro*” es lo mejor, y se desprecia olímpicamente a los otros, semejantes criterios pueden producir propuestas y proposiciones desnaturalizadas como era el caso de aquella locura.

Esto me hizo recordar la anécdota de aquel explorador inglés que se perdió en el corazón de la Amazonía, en medio de una tribu incapaz de mostrarle dónde se hallaba y cómo encontrar el camino de regreso a su civilización. Al comprender que tendría que permanecer allí para toda la vida, aquel explorador optó por enseñarles a los nativos a hablar inglés en lugar de proceder a aprender la lengua de aquella tribu.

El orgullo anglosajón de aquel profesor del seminario en cuestión, paralelo a su desprecio por nuestra cultura –no pretendemos decir que el orgullo sea patrimonio exclusivo ni de los anglosajones ni de nadie, sino parte integrante de nuestra naturaleza humana- no le permitía asumir, o quizá es que jamás lo aprendió, que la norma más elemental para quien anhela trabajar en el campo misionero es adquirir el mejor conocimiento posible de la lengua del pueblo que pretende evangelizar, además de familiarizarse con su cultura y su manera de ser. Y si no está dispuesto a ello, debe quedarse en su maravillosa casita.

Pero, naturalmente, nada de esto puede darse cuando el supuesto “*misionero*” está convencido de que no tiene nada, absolutamente nada, que aprender del pueblo que quiere alcanzar con el Evangelio, y que sus gentes, comprendidos los cristianos locales, no tienen nada que enseñarle ni nada positivo que aportar a su vida.

Desde una posición de absoluta convicción de una supuesta superioridad, cuando no de auténtica supremacía, resultará siempre imposible alcanzar a los hombres con el Evangelio de Jesucristo. Cuando el Evangelio no es del Reino de Dios, sino de los reinos de los hombres, sólo se producirá una invasión cultural, y la frustración será siempre el resultado obtenido. Esto también es constatable.

De la forma más natural, esto es algo que generalmente intuye el pueblo llano, y que los intelectuales del país conocen porque lo han estudiado e investigado. De ahí que esta clase de “*protestantismo evangelical*” no penetre en los círculos estudiosos y académicos españoles, con contadas excepciones.

No se puede hacer misión cuando no se tiene en cuenta la cultura del pueblo, ni la dignidad de los nativos, de cualesquiera procedencia sean, ni se es capaz de ver la

realidad del complejo de superioridad de parte de la inmensa mayoría de los que a nosotros nos gusta denominar en clave de humor “*misioneros-turistas*”.

Estos rasgos responden a una mentalidad de “*imperialismo religioso*” que se alza como una espesísima barrera que impide la llegada del Evangelio de Jesucristo al pueblo que se pretende evangelizar. Y mientras tanto, como era de esperar, aumentan los grados de frustración, decepción y desencanto.

Hemos conocido por nombre y apellido a “*misioneros*” que han pasado años en España sin solicitar jamás la membresía en una congregación española. En algunos casos por cuanto la propia agencia misionera extranjera se lo tenía terminantemente prohibido. Esto ha producido un paralelismo en la obra de extensión del Evangelio, si bien, gracias a Dios, pocos han sido los españoles alcanzados por estos “*misioneros*”.

También hemos conocido de primera mano organizaciones misioneras paraeclesiales en las que los “*misioneros*” han tenido que firmar su compromiso a no establecer relaciones sentimentales con los nativos. A la sazón recuerdo el caso de una estudiante española de cierto seminario que se vio obligada a realizar una “*boda secreta*” con un joven misionero extranjero voluntario. La garantía de veracidad que puedo aportar al respecto es que yo mismo fui quien ofició aquel enlace. Y, naturalmente, permanecen sus nombres en mi corazón con sigilo confesional. La cosa no pudo ser más romántica, ¿verdad?

La falta de preparación lingüística y misionológica de aquellos hermanos era una clave fácil para interpretar y comprender el inmenso desprecio, consciente o inconsciente, hacia nosotros. Su desconocimiento de la historia les hacía cometer errores catastróficos, posturas grotescas, gestos rocambolescos y actitudes verdaderamente risibles ante aquellos españoles a quienes pretendían evangelizar.

Aquel pobre hermano que propuso establecer una dependencia lingüístico-cultural para poder realizar cómodamente su “*ministerio*” llegó a mostrarse profundamente herido en su orgullo patrio porque, efectivamente, el cuerpo estudiantil me consideraba personalmente muy por encima de la relación que mantenían con él, que por cierto era casi nula, a pesar de formar parte de la dirección del seminario.

Cuando aquel frustrado “*misionero*” vino a mí con sus quejas cargadas de celos amargos, llegando a acusarme de realizar una “*dirección en la sombra*” de aquella institución, tuve que recordarle que, por ejemplo, la casi totalidad de los estudiantes eran españoles, como yo mismo, a lo que había que añadir el hecho de ser durante varios períodos el único profesor de esa nacionalidad. También tuve que recordarle que mientras yo almorzaba con los seminaristas, compartiendo su comida –por cierto, bastante frugal, por tener presupuesto para las viviendas-chalet de los “*misioneros*”, buenos automóviles, viajes y sueldos muy por encima de la media española, pero no para proporcionar una dieta medianamente decente a los estudiantes- y a veces incluso compartir la cena, renunciando a estar en mi hogar con mi familia, el pobre “*misionero*” en cuestión se comía sus sándwiches americanos y se bebía su termo de té encerrado en su despacho, completamente aislado del cuerpo estudiantil, del que prácticamente lo desconocía todo.

A pesar de sus edulcoradas palabras acerca de nuestro Señor y de la “*obra*” de Dios, su notorio mensaje de distanciamiento resultaba paradójico e incongruente ante todos.

Sabiendo que estaba cavando mi propia “tumba”, tenía que dedicarme a construir lo que aquellos “hermanitos” iban destruyendo en cuando a relaciones interpersonales. Era mi deber, que, naturalmente, me pasaría factura unos años después.

Resulta también difícil de olvidar aquel día en que lleno de orgullo me mostró la “carta de oración” que enviaba sistemáticamente a sus iglesias patrocinadoras en los Estados Unidos y a contactos personales, de quienes recibía parte de los fondos para mantenerse en España, en la que aparecía una foto de la tumba del *Cardenal Cisneros* sobre la que había un texto que rezaba así: “¡Te Hemos Vencido!”. Como un caballero teutón inflamado por el orgullo y la arrogancia, había estado “cabalgando” con el ánimo y propósito de “conquistar España para Cristo”, frase muy manida por estos “misioneros” y sus acólitos hasta el día de hoy.

Naturalmente, al ver mi cara de profunda sorpresa y de falta de entendimiento de sus pretensiones con aquel panfleto tan ridículo, sólo creíble para sus ignorantes patrocinadores, y verificar que mi rictus facial iba desplazándose de la sorpresa a la indignación, tuve que recordarle que por iniciativa del *Cardenal Cisneros de Mendoza* se había establecido la Universidad de Alcalá de Henares, uno de los más brillantes centros de estudio de la Europa del siglo XVI (1508), y se había producido una de las más extraordinarias joyas bíblicas de la cristiandad de la época y de todos los tiempos: *La Biblia Políglota Complutense* (1517). Aproveché aquella oportunidad para recordarle su ignorancia de las lenguas vernáculas de las Sagradas Escrituras y su tremenda osadía al cometer semejante despropósito.

Su reacción fue preguntarme cómo podía una persona como yo “defender” algo que pertenecía a la cultura “católico-romana”. Entonces comprendí que el coctel explosivo formado en la cabecita de aquel pobre hombre por su ignorancia supina, falta de rigor histórico, más varias partes de intolerancia y abundantes gotas de fundamentalismo no dialogante, daban por resultado que aquel espécimen no diera para más. No se pueden pedir peras al olmo.

Años después, y como resultante evidencia del deterioro producido por la inculturación proselitista del evangelicalismo norteamericano, recuerdo la sorpresa, y en algún caso algo muy próximo a la total incomprensión, de parte de los organizadores de un retiro en cierto lugar de Cataluña, próximo a esa joya que es el monasterio de *Poblet*, cuando les dije que en mi tiempo libre antes de continuar el estudio bíblico que me habían encargado, iba a aprovechar aquella pausa para visitar el monasterio. En la deteriorada mente de aquellos pobres hermanos, criados a los pechos de algún “misionero” del evangelicalismo anglosajón, era incomprendible que “un chico como yo” pudiera estar interesado en la cultura “idolátrica” del romanismo. Esa era la visión que tenían de *Poblet*. A pesar de ser catalanes, el leve barniz de la cultura evangélica importada les había incapacitado para ver más allá de sus narices.

En aquellos momentos no pude evitar que, salvando las distancias, pasara por mi mente la proposición de las hordas tristemente incultas de aquel Madrid de la Guerra Civil que pretendieron destruir todas las pinturas de tema religioso del Museo del Prado. ¡Y yo que creía que los iconoclastas pertenecían a un pasado remoto!

Pensé en invitar a aquel “misionero” que *había vencido al Cardenal Cisneros de Mendoza* a considerar como se sentiría él si yo me dedicara a desprestigiar a *George*

Washington, primer presidente de los Estados Unidos de América, por el hecho constatado de su pertenencia a la francmasonería, como la mayoría de los firmantes de la *Declaración de Independencia* y de la *Constitución Americana*, algo que para muchos de nosotros es incompatible con el seguimiento de Jesucristo, desde nuestro punto de vista y de millones de cristianos medianamente informados; o si me burlara de los firmantes de dichos documentos troncales de su nación, muchos de los cuales eran “*deístas*”, pero no “*teístas*”; o si le hubiera pasado delante de sus fosas nasales el hecho histórico de que mientras en la mesilla de noche de *Tomás Jefferson* descansaba un ejemplar de la Santa Biblia, en los sótanos de su mansión sobrevivían hacinados muchos de sus esclavos afroamericanos.

También hubiera podido referirle al hecho incuestionable de la política segregacionista practicada por quienes formaban al mismo tiempo el “*Bible Belt*”, o “*Cinturón de la Biblia*” del fundamentalismo norteamericano, y sus iglesias “*All White*”, “*Todos Blancos*”. Preferí no hacerlo. Opté por dejar que se le pasaran los efectos nocivos de sus frecuentes “*borracheras patrióticas*” carentes, como toda intoxicación, de fundamentos racionales.

Como era de esperar, a partir de aquel momento se dedicó muy mucho de organizar una caza de brujas encargando a algunos estudiantes incautos que observaran meticulosamente mis enseñanzas con el fin de mantenerle informado para poder levantar un proceso “*inquisitorial*” en mi contra.

Después, con el paso de los años y las experiencias vividas hemos conocido a muchos otros ejemplares a quienes no hemos por menos que aplicar la frase cervantina que reza “*de cuyo nombre no quiero acordarme*”, cuyas actitudes de arrogancia y soberbia, sumadas a enormes complejos de inferioridad, no les han permitido ni comprender ni integrarse en nuestro país. Lo único bueno al respecto es que todos ellos, tarde o temprano optan por irse, por cuanto no son de aquí, ni en realidad quieren serlo para nada. Nosotros permanecemos en nuestro solar, básicamente porque es nuestro, si bien estamos más que dispuestos a compartirlo con todos los hombres honrados que deciden establecerse en esta tierra. Los otros se van. ¡Bien!

El despropósito de semejantes actitudes ha provocado rechazo de parte de muchos españoles, comprendidos bastantes cristianos evangélicos dotados de mente inquisitiva por voluntad divina. Constituyen una parte importante del gran contingente de los cristianos decepcionados y escandalizados por esta invasión religioso-cultural.

Para “*ganar a España para Cristo*”, empleando su máxima, es menester primeramente conquistar el corazón del pueblo, de éste y del que se trate. Y para tal labor es imprescindible amarlo, acercarse humildemente, integrarse y pagar muchos precios que estos supuestos “*misioneros*” no están dispuestos a sufrir.

En nuestra experiencia hemos podido comprobar que no sólo no aman a nuestro pueblo y su forma de vida, sino que, antes bien, se dedican a despreciarlo, criticarlo y maldecirlo de mil maneras diferentes. La esperanza que nos queda es que ahora que la crisis económica aumenta y hay que pagar bastante para cambiar un dólar en euros, estos agentes, como las empresas que emigran a campos donde la mano de obra es más barata, también se alejarán corriendo al ver que se aproxima el “*lobo*”, por cuanto las ovejas no son suyas, y ellos sólo son asalariados.

Recuerdo la grotesca escena en la que el director de un seminario me llamó para comunicarme, mientras trataba de ocultar su sonrojo, que tendríamos que encargar nuevo papel membretado porque aquel pobre “misionero” no podía permitir que mi nombre español, como subdirector académico de la institución, apareciera delante del suyo, como subdirector administrativo. Se trataba de un miembro de una familia que contribuía con aportaciones y donaciones importantes para la obra misionera de la denominación de turno, y no era políticamente correcto contrariarle.

A mí, personalmente, me daba exactamente lo mismo, por cuanto yo había renunciado a un buen puesto de trabajo en el departamento de formación de una empresa privada de primer orden para servir al Señor como profesor en aquel centro de instrucción teológica. Todos cuantos me conocen, y son bastantes, saben que los papeles membretados, los carnets asociativos, los cargos con nomenclatura rimbombante, las siglas y demás zarandajas no ocupan lugar en mi mente ni en mi corazón. Conozco otros “papeles” mucho más humildes, pero también mucho más útiles. El que lee, entienda.

Recuerdo el caso de otro “misionero”, que también se desempeñaba como profesor en el mismo seminario –en este caso se trataba de un latinoamericano de ascendencia suiza- y en cuya asignatura, acuñada con el barbarismo “iglecrecimiento” –uno más de los muchos barbarismos e idiotismos empleados por quienes también en el campo de la lingüística muestran su desprecio al idioma de los naturales- y por el cual pretendían decir “desarrollo eclesiástico”, si bien su único objetivo era “ganar almas”, entiéndase “aumentar el número de congregantes”; y viene a mi memoria el fuerte enfrentamiento que se produjo un día en una clase de dicha “asignatura” cuando uno de los seminaristas españoles le preguntó a dicho “misionero”, con bastante inocencia o al menos con una dosis grande de ingenuidad, cómo era posible enseñar “técnicas infalibles” para el crecimiento de la iglesia, cuando dicho profesor llevaba veinte años pastoreando una congregación de veinte personas, siendo muy generosos en el cálculo. ¿Acaso no estaba poniendo en práctica en su propia comunidad aquellos modelos que enseñaba como fundamentales para el desarrollo de la obra del Señor?

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, fui convocado por el director del seminario para formar parte de la junta que decidiría qué hacer con aquel incauto estudiante, acusado de rebeldía y desacato, por haber reaccionado de manera tan “abrupta” y “ofensiva” contra aquel “misionero”, contra aquel “siervo de Dios” en su grandilocuente sesión lectiva sobre “iglecrecimiento”. Con frecuencia sentía alterarse mi desayuno al llegar a primera hora de la mañana para impartir mi clase y encontrarme con aquellas “movidas” grotescas y ridículas en grado sumo.

Al hacer memoria de aquel anecdótico y rocambolesco percance viene también a mi recuerdo el episodio de las diez horas de reunión para tratar del tema del inmenso “pecado” cometido por una estudiante española y una misionera voluntaria norteamericana, no de los de “carrera”, al haber pasado un fin de semana juntas bajo el mismo techo, atribuyéndoseles nada menos que el despropósito de haber mantenido una relación homosexual, sin que hubiera una sola prueba de semejante cosa.

Recordé aquella magnífica película, ya de celuloide rancio, titulada “*Twelve Angry Men*”, “*Doce Hombres sin Piedad*” (1957), en la que tras escuchar los testimonios y valorar las pruebas presentadas, un jurado popular compuesto por doce hombres tiene

que decidir por unanimidad si absuelve o condena a muerte a un joven acusado de haber asesinado a su padre.

Al principio, once de ellos están completamente convencidos de su culpabilidad y se inclinan por su condena, pero el que discrepa empieza a plantear dudas razonables. Aquel miembro del jurado logra convencer a todos los demás de la no culpabilidad del enjuiciado, ganando hacia su posición uno a uno de los once miembros restantes. Opté por hacer lo propio, y con la ayuda de Dios logré que no se mantuviera semejante sospecha sobre aquellas hermanas, y lo que era peor, una acusación totalmente infundada para la cual se proponía en principio la expulsión de la alumna española, por supuesto, y salvaguardar de ese modo el nombre de la misionerita yankee. Fue un día largo e inolvidable, de los que dejan huella.

El objetivo de los más de estos personajes autonombrados “*misioneros*” se centraba en ganar congregantes para sacar la oportuna fotografía y hacerla llegar a la casa matriz, y así demostrar el éxito de su empresa y justificar su permanencia en España. Recuerdo uno que aprovechaba las reuniones conjuntas de varias iglesias de la comarca para tomar estas fotos que luego enviaba a sus patrocinadores para mostrarles el rápido crecimiento de la “*obra*”. Los “*sponsors*” se quedaban maravillados ante el éxito de aquel mentiroso, y aquí no ha pasado nada. Evidentemente, para este tipo de gente “*el fin justificaba los medios*”.

En mi continuado estudio del fenómeno de la americanización de la iglesia evangélica en general, y en España en particular, he podido descubrir que todas las expresiones cristianas que no han respondido a los criterios y parámetros del evangelicalismo norteamericano, es decir, las expresiones de naturaleza indígena han sido combatidas, atacadas, rechazadas, condenadas e incluso satanizadas. Hablamos de lo vivido en nuestra propia carne y en la de algunos otros amados hermanos con quienes hemos cotejado y compartido experiencias vivenciales al respecto.

Pocos se han percatado de que el Apóstol Pablo nunca trató de judaizar las congregaciones por él fundadas o confirmadas, sino que después de su plantación siempre les dejó ser ellas mismas y desarrollarse autóctonamente. Quizá esta actitud del conocido como “*apóstol de los gentiles*” se debiera al hecho de ser un judío de la diáspora, nacido y criado él mismo entre gentiles, entre “*paganos*” y “*herejes*”, quien estuvo dispuesto a hacerse a todos para ganar a algunos para Cristo, según sus propias palabras.

De ahí que no podamos hallar en las páginas del Nuevo Testamento un solo modelo estructural de la iglesia de Jesucristo, ni mucho menos un patrón de iglesia estructurada conforme a un modelo importado de otra cultura, sino que vemos a Pablo trabajando por establecer iglesias orgánicas, a cuyo cargo dejó siempre a obreros nativos, promoviendo siempre una expresión natural del *ethos* y del *pathos* del pueblo.

Tan pronto surge en la iglesia de Jerusalem un brote de murmuración, porque las viudas de entre los hebreos helenistas no recibían la misma ración de comida que las viudas naturales de Jerusalem, es decir, las judías de lengua hebrea, la multitud de los hermanos escogen por indicación de los apóstoles a unos varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y sabiduría, y como podemos comprobar en el capítulo 6 de los Hechos de los Apóstoles, todos ellos de nombre griego, lo que implica su helenismo, y

que al menos algunos de ellos habían sido paganos o habían estado expuestos a la cultura gentil antes de conocer el Evangelio de Jesucristo.

Siempre hemos echado en falta entre estos “*misioneros-turistas*” la más mínima formación imprescindible para procurar ser comprendidos en una cultura no propia. A propósito de lo que venimos apuntando, conviene recordar que los griegos de la antigüedad poseían una filosofía manifiesta en tres palabras presentadas en forma secuencial: “*ethos*”, “*pathos*” y “*logos*”. Sin una clara visión de esta realidad siempre será muy difícil comprender y presentar planteamientos efectivos en el campo de la comunicación en general, y de la proclamación del Evangelio de Jesucristo en particular.

En la secuencia a la que nos referimos, “*ethos*” es la credibilidad personal, fundamental en la presentación del Evangelio. Se trata de la confianza que generamos entre aquellos a quienes pretendemos alcanzar. “*Pathos*” es la dimensión empática, es decir, los sentimientos que somos capaces de generar, el impulso emocional de la comunicación de otra persona. Y “*logos*” es la lógica de nuestras ideas. Este desconocimiento es la causa de que estos “*misioneros*” traten de convencer a las escasas personas con quienes contactan sin considerar primeramente el “*ethos*” y el “*pathos*” de la cultura en la que deberían estar inmersos.

Quienes hemos propugnado el derecho a ser una iglesia española abierta a todos, y continuamos en semejante postura hasta el día de hoy, con una teología propia, no de importación ni de salón, sino desarrollada en nuestro contexto, por cuanto creemos que es imposible pretender hacer una teología incontextual o de factura foránea; con una liturgia propia y una himnología preferentemente autóctona, sin por eso despreciar lo procedente de otras latitudes, sino conjugándolo con lo nuestro propio, en un proceso natural de inculturación; hemos sido combatidos, despreciados, ignorados o amordazados para que nuestra voz no se hiciera sonar en los foros de cierto alcance, particularmente en aquellos constituidos por los propios “*misioneros*” o por sus esbirros locales, por ellos formados y sostenidos a sueldo.

De ahí también se desprende la enseñanza de que los candidatos al pastorado procuren siempre la dedicación a pleno tiempo, pues de esa manera, al depender totalmente del sueldo local, denominacional o misional se establecerá una relación de dependencia que garantizará en un alto grado su permanencia socio-cultural y distanciamiento de la sociedad general productiva.

Esta exclusión no nos ha llegado sólo de los “*misioneros-turistas*”, muchos de ellos inconscientemente incapacitados para percatarse de que estaban importando un modelo de iglesia sin considerar la cultura autóctona, sino que el desprecio ha procedido principalmente, al menos en términos cuantitativos, de sus acólitos españoles a sueldo, habitualmente escogidos de entre los más bajos niveles culturales, atraídos por una forma de vida relativamente cómoda en comparación con la generalidad del contexto; individuos fáciles de adoptar y adaptar a las fórmulas importadas, sin considerar que semejantes modelos llegarían a arruinar su alma mediante la compra de su identidad, todo ello a través de una sutil adaptación a la estructura cultural-religiosa colonizadora.

Recuerdo a un buen amigo y hermano en Cristo que cuando hacía referencia a este fenómeno solía decir que los nativos reclutados para los fines de los “*misioneros*”

respondían a la definición de conocer más del río Jordán, con su nacimiento y cauce, que del Ebro o del Duero; no vamos a pensar en el Guadiana, que es más complicado.

La fina capa de barniz aportada por los “*seminarios*” de turno, hoy “*facultades de teología protestante*”, había servido para ocultar la falta de cultura y preparación para la vida secular de aquellos estudiantes, apartados de la vida social productiva, encerrados en la “*burbuja evangélica*” e incapacitados para salir de ella, es decir, afectados de lleno por las características propias de todas las organizaciones de naturaleza sectaria, las que siempre procuran apartar a sus acólitos de la corriente principal de la sociedad y convertirlos en auténticos parásitos sociales incapacitados para desempeñarse profesionalmente fuera de la secta de turno.

Nuestra conclusión es que no hay diferencia alguna en cuanto a las actitudes y propósitos del catolicismo romano y la americanización protestante de la iglesia evangélica. Se trata en ambos casos de la misma meta, es decir, lograr el dominio total y absoluto, la hegemonía del poder, el desprecio de la cultura autóctona, y un largo etcétera de errores –demasiados como para creer que puedan ser casuales y fortuitos– que pueden fácilmente conducir a una nueva etapa extremadamente oscurantista en la historia de la iglesia protestante en su versión evangélica importada directamente de los Estados Unidos o bien a través de los “*misioneros*” de Latinoamérica previamente americanizados.

¿CUÁL ES EL MODELO QUE NOS ESTÁN IMPLANTANDO?

“Toda institución religiosa que aterroriza o esclaviza a los hombres es una secta perniciosa.”

Thomas Paine.

(1737-1809)

Inexplicablemente, los humanos tenemos la tendencia a importar modelos que han fracasado rotundamente en origen. Somos así de mentecatos. Y cada día que amanece, el número de tontos crece.

Nos desenvolvemos siguiendo el movimiento pendular, del extremo de creer que lo que funciona en un determinado lugar ha de hacerlo igual y necesariamente en cualquier otro, con el frecuente añadido de estimar que todo lo foráneo es siempre de mejor calidad, al extremo opuesto, de creer que lo que ha fracasado en un lugar puede tener éxito en otro, sólo porque nosotros vamos a ser más capaces o más dotados.

El tiempo, naturalmente, se encarga siempre de hacernos comprender que los trasplantes son difíciles por definición y naturaleza, por cuanto son sencillamente antinaturales, y que el rechazo es un fenómeno frecuente e imposible de evitar en muchísimos casos. Hemos podido comprobar esto en los planes de estudio seculares, y no ha sido ni es diferente en el ámbito de la implantación evangélica que nos ocupa.

Nos están trayendo modelos que han fracasado estrepitosamente en el gran y casi único referente de los Estados Unidos de América y en la mayor parte del mundo de lengua inglesa. Cuando hablamos con “misioneros” del mundo anglosajón, estos empleados de organizaciones paraeclesíásticas se niegan en principio a aceptar esta realidad. Sin embargo, cuando nos ganamos su confianza –difícil y ardua labor- terminan por

confesar, especialmente los de trasfondo hispano, que han venido a nuestro país porque están cansados de sus iglesias norteamericanas, además del maltrato y las vejaciones sufridas de parte de los “anglos” que ellos llaman “gringos”, para quienes siempre han sido y seguirán siendo cristianos de segunda categoría.

Muchos no han por menos que reconocer que habían optado por lanzarse al campo misionero ante el fracaso y frustración que habían experimentado en sus países de origen, así como que el modelo que nos traen ha fracasado en los Estados Unidos por causa de la opulencia y superabundancia material de aquella sociedad centrada en el mito del plutonismo; en particular entre los “wasps”, es decir, los “*White Anglo-Saxon Protestants*” (los “*Blancos Anglosajones Protestantes*”) asentados en aquella sociedad y también los inmigrantes de segunda y tercera generación, ya igualmente acomodados al sistema imperante, es decir, los “*nuevos americanos*”.

Esta es al menos la explicación que muchos misioneros creen haber encontrado para dicho fracaso. La esperanza de las casas matrices de estos agentes consiste en que sus modelos caducos en origen puedan funcionar aquí, donde la sociedad no es tan opulenta como en sus lugares de procedencia, y muy particularmente entre los inmigrantes, quienes aquí y en todo lugar se distinguen por sus carencias y dificultades de integración.

Hemos podido comprobar la total falta de visión de parte de muchos “*misioneros*” americanos que han llegado a España recientemente con el propósito de llevar el Evangelio a los musulmanes. En vista de la dificultad de hacerlo en los países islámicos, donde predominan posiciones fundamentalistas e intransigentes, España representa en la actualidad una oportunidad única para intentar alcanzarles. Al fin y al cabo, nuestro país sigue respondiendo en algún grado al sentido de “*Oriente en Occidente*”, como unos cristianos coreanos me dijeron es la visión tradicional que ellos tienen de la Península Ibérica, a semejanza de las palabras del Dr. Gregorio Marañón, quien ya hace muchos años afirmaba que “*Oriente empieza en Toledo*”.

Sin embargo, estos “*misioneros*” no se han llegado a percatar de que en la actualidad, en vista de las tensiones políticas de la guerra por el petróleo, más o menos disfrazada o encubierta por cortinas de humo de diverso género –algunas horriblemente dramáticas– un norteamericano está absolutamente incapacitado para predicar el Evangelio a un musulmán. Y es que no se puede bombardear indiscriminadamente sobre hombres, mujeres y niños para defender los intereses inconfesables de las grandes empresas petroleras y de ese modo mantener la hegemonía mundial, y esgrimir en otra mano una Biblia para enseñar del amor de Dios en Cristo Jesús para todos los hombres.

No se puede apoyar el embargo norteamericano a la nación de Cuba y pretender predicar el Evangelio de Jesucristo al pueblo cubano con acento yanqui. El fraude es demasiado descarado. Y aunque, como ya hemos dicho, *cada día que amanece el número de tontos crece*, creemos que hasta los más parvos se percatan perfectamente de qué va la movida. Cada día es más difícil engañar al personal, lo cual no quiere decir que no lo sigan intentando, ni que hayan dejado de existir los lerdos que inexorablemente caen en las trampas que se les tienden a sus pies.

asta

Por otra parte, este fenómeno se asemeja muchísimo a aquella situación que se daba paradójicamente en la India colonial, donde los militares británicos, que despreciaban y maltrataban a los indios, y los “misioneros” protestantes, procedían de una misma nacionalidad y cultura, y consciente o inconscientemente aquellos “misioneros” propugnaban y defendían los mismos intereses económicos que las fuerzas armadas del ejército invasor lo hacían con la fuerza, la violencia y la agresión.

Salvando las distancias en el tiempo y en el espacio, aquello era algo semejante a lo sucedido en el imperio colonial español algunos siglos antes con la participación de los “misioneros” del catolicismo romano. La imposibilidad de diferenciar los intereses del imperio británico y los del Reino de Dios dificultó sobremanera la labor evangelizadora de los ingleses en India, y del mismo modo y forma dichos intereses supusieron siempre un gran impedimento para la labor evangelizadora cuando se mezclaron los intereses y objetivos del imperio de turno, cualesquiera que sea, y los objetivos de los agentes misionales.

Rabindranath Tagore, el gran poeta bengalí, se lo explicó magistralmente a aquellos “misioneros” ingleses que, profundamente frustrados por su fracaso en el intento por lograr la conversión de los indios, le consultaron acerca de cómo evangelizar con éxito a los naturales, mientras estaban sentados en la terraza de un café en Bombay. Después de escuchar pacientemente las explicaciones de sus interlocutores, Tagore depositó un terrón de azúcar en el suelo y se despidió. Al momento, el terrón de azúcar estaba cubierto por hormigas que lo devoraban. La lección no podía haber sido más clara y evidente.

Esa frustración es también una evidencia hoy entre gran parte de los “misioneros” norteamericanos y de otras nacionalidades de cultura germano-anglosajona en España y en otros lugares de Europa Occidental. No en grado tan extremo como ha sucedido en África, donde los “misioneros” trataron de establecer iglesias que fueran réplicas de las suyas en los Estados Unidos y en otros lugares de Occidente, levantando edificaciones que habían sido calcadas de América, cantando sus mismos himnos tradicionales con los mismos instrumentos de origen, y estableciéndose con similar estructura, mientras el hambre se extendía por la población nativa, podemos afirmar que algo semejante ha acontecido en España, donde la falta de respeto a la cultura ha dado por resultado el establecimiento de iglesias que no son en absoluto acordes a la idiosincrasia del pueblo español. No nos extraña que con el gracejo agudo de un gran humorista español, se refiriera a las “iglesias evangélicas” como “inglesias”.

Por otra parte, no hemos tenido noticia de que este tema, que desde nuestra perspectiva consideramos de capital importancia, haya sido objeto de estudio en los seminarios en que hemos servido, ni en convenciones o congresos evangélicos en las últimas cuatro décadas. Antes bien, el constante contraste entre la situación española y los modelos importados ha creado una situación que personalmente he tratado por años de definir como la “burbuja evangélica”, como un entorno ambiental en el que el nivel de autoestima del nativo se desploma ante los aparentes éxitos del desarrollo del Evangelio en otras latitudes, frente al fracaso permanente en España. ¿Por qué será? “¿Qué tendrán ellos que no tenemos nosotros?”

Estos agentes misionales hondamente frustrados, después de años de turismo y poco más, son quienes no han sentido el mínimo rubor al afirmar que “*España es el cementerio de los misioneros*”, sin reparar en que no se encontraban en una *república bananera*, con todos mis respetos para los lugares donde se cultivan los plátanos, que en España todavía lo hacemos en las Islas Canarias, con el peligro de que desaparezcan ante la invasión del “*aloe vera*” de las multinacionales de la industria cosmética y dermatológica, sino que estaban en el corazón de Europa, puerta de Occidente y cuna de civilizaciones.

A la sazón no podré olvidar a aquella misionera norteamericana, destinada a trabajar por un par de años como profesora de educación cristiana en uno de los seminarios en que he servido, cuando un día me preguntó con rostro de suma inocencia si existían bibliotecas en Madrid. Realmente no sabía siquiera dónde se encontraba, aunque hacía meses que había *atterrizado*, pero la pobre criatura no salía del entorno de la base militar conjunta hispano-norteamericana de Torrejón de Ardoz, donde tenía amigos que le permitían acceder a aquel reducto del paraíso estadounidense. Me hizo recordar a aquel multimillonario que por primera vez había salido de los Estados Unidos, y al llegar a Londres preguntó a su secretaria en que parte de Texas estaban.

Los incautos españoles, que se quedan boquiabiertos ante este aparato propagandístico rodeado de los brillos del imperio de turno, desconocen que el número de miembros en las iglesias protestantes históricas y tradicionales europeas lleva descendiendo desde hace muchos años, y que lo mismo puede afirmarse de los feudos tradicionales en los Estados Unidos, como el “*Bible Belt*”, “*El Cinturón de la Biblia*”, que ya hemos citado, y que se trata de la región que comprende el Sur y parte del Medio Oeste de los Estados Unidos, dominada por el protestantismo evangélico más conservador, incluso fundamentalista recalcitrante y no dialogante, y que abarca a la práctica totalidad del espectro del denominacionalismo norteamericano representado en dicha región.

En este caso nos referimos particularmente a quienes hace poco más de un par de décadas defendían el derecho a la vida dedicándose a poner bombas en la clínicas abortistas, olvidando que dos males jamás podrán hacer un bien, y mantenían iglesias segregadas al estilo del “*apartheid*” sudafricano.

Tal es así que cuando estuvimos pasando unos días en la ciudad de Atlanta, en el estado de Georgia, y mostramos a nuestros anfitriones –misioneros norteamericanos de la *Convención Bautista del Sur*, que habían pasado tres años en España- nuestro deseo de visitar la tumba del *Dr. Martin Luther King, Jr.*, nos llevamos la sorpresa de la vida cuando nos confesaron no saber dónde se hallaba, por cuanto nunca habían ido a verla. Su desinterés por la causa de los ciudadanos afroamericanos y la lucha por sus derechos civiles se hizo manifiesto de la manera más clara y evidente. Sentimos vergüenza ajena. Esto es frecuente en determinados ambientes.

En aquellos momentos vino a mi mente el recuerdo de aquel día lunes, cuando durante la pausa entre clases para tomar un refrigerio, el director del seminario pentecostal en que entonces enseñaba me llamó a su despacho –había tenido a su cargo el ministerio de la Palabra el Domingo anterior en nuestra comunidad- y me preguntó cómo era que cantábamos en nuestra iglesia vallecana el himno “*We shall overcome*” en su versión española -“*Hemos de vencer*”- y que le costaba trabajo creer que yo no conociera que se trataba del himno oficial del “*Movimiento por los Derechos Civiles*”, presidido en su

momento por el *Doctor Martin Luther King, Jr.*, “notable activista rebelde de claros tintes marxistas”. En su momento pensé que se trataba de una broma de muy mal gusto. Después comprendí que aquel misionero hablaba muy en serio. Respondí que nuestra coincidencia con el pensamiento del *Dr. Martin Luther King, Jr.* no estaba plasmada sólo en entonar un determinado himno, sino incluso en el propio nombre que habíamos escogido en su día para nuestra comunidad cristiana, que no se apellidaba “*Eben-Ezer*”, “*Piedra de Ayuda*”, por casualidad ni por sonarnos bonito. Allí terminó nuestra conversación. ¿Qué más podríamos haber dicho?

Hoy se están cerrando iglesias protestantes tradicionalistas cada día. El número de conversiones de “*anglos*” es irrelevante, y la estadística solamente aumenta merced a la población hispana, algo muy semejante a lo que está aconteciendo en España con los latinoamericanos en nuestros días, sin cuya aportación de natalicios aumentaría sobremanera el envejecimiento de la población de este país.

En el caso de Europa, y ante la falta de terreno para edificar viviendas, algunos grandes templos protestantes de Holanda, por ejemplo, han sido confiscados por no responder numéricamente para su ocupación como lugares de culto, y las congregaciones mermadas han tenido que trasladarse a locales adecuados a sus dimensiones reales en cuanto a membresía, de manera que el espacio ocupado históricamente por dichas iglesias se ha destinado a la edificación de bloques de apartamentos para satisfacer la necesidad de viviendas de los jóvenes.

En las principales ciudades del Reino Unido, las antiguas capillas urbanas metodistas y de otras denominaciones son ahora locales destinados a bingos, discotecas o mezquitas. Y cada día crece el número de iglesias en Londres y las demás ciudades principales de Gran Bretaña que se mantienen mediante la organización de conciertos, festivales, cafeterías, bingos y mercadillos sociales.

Después de más de cuatro décadas de vida cristiana, desempeñándome dentro del ámbito cristiano evangélico, puedo afirmar que la práctica totalidad de los “*misioneros-turistas*”, con algunas pocas honrosísimas excepciones, han sido incapaces de plantar una sola iglesia, por cuanto no se han dedicado a evangelizar sino a justificar su permanencia en el país como turistas de larga duración. Su especialización ha sido fundar organizaciones paraeclesiásticas, con oficinas, despachos y secretaria, olvidando que en el Nuevo Testamento no hay ninguna institución ni cuerpo de creyentes aparte de la iglesia, comunidad o asamblea local.

El modelo neotestamentario les ha pasado inadvertido. No se han percatado de que el Apóstol Pablo plantó iglesias no para que los hombres se convirtieran, sino para aquellos que se habían convertido al Evangelio de Jesucristo por su predicación y testimonio. Ambas cosas. Las iglesias de Pablo fueron asambleas de cristianos locales. Jamás procuró Pablo que sus conversos se hicieran judíos para poder beneficiarse de la Buena Nueva de la salvación ofrecida por Dios en Cristo Jesús a toda criatura, si bien nunca ocultó las raíces hebreas de la fe, el amor al pueblo de Israel, y la necesidad de predicar primeramente a los judíos, por cuanto Jesús de Nazaret es luz para revelación a los pueblos y gloria de Israel.

El objetivo de los “*misioneros-turistas*” ha venido siendo acrecentar los adeptos a la organización misionera multinacional que les había enviado al “*campo*”. Hacer

discípulos para Jesucristo no es lo mismo que hacer discípulos para nosotros mismos ni para una organización misionera con nombre, apellido y siglas.

El objetivo de Pablo, al igual que de aquellos misioneros auténticos que vinieron a España desde mediados del siglo XIX, los que efectivamente plantaron iglesias, escuelas, librerías, hospitales y centros vacacionales para niños y jóvenes, no fue llenar estadios ni empapelar las tapias de las ciudades con carteles diseñados por empresas publicitarias seculares especializadas en lograr la comercialización y venta de un determinado producto.

El Apóstol Pablo llevó el Evangelio viviendo como uno más en este mundo, pateando las mismas calles y calzadas, entrando en relación con los compañeros del viaje de la vida, haciendo un púlpito con su trabajo de tejer la tela para las tiendas de campaña que confeccionaban sus socios cooperativistas Aquila y Priscila.

La tasa de nacimientos y el número de asistentes a los cultos evangélicos son dos factores que corren parejos merced a la inmigración de la América Latina y de África. Las conversiones de “anglos” en los Estados Unidos, y de naturales en Europa Occidental, pueden contarse con los dedos de una mano, y nos sobrarán dedos, como decimos los castizos. Y este es un dato que la mayoría de los creyentes españoles desconocen mientras siguen deslumbrados por las apariencias de los “misioneros” que salen en busca de “bancos de pesca” en aguas aparentemente vírgenes, pero sin tomarse siquiera la molestia de estudiar su “fauna”, sus características y su “dieta”, además de conocer su lengua y cultura.

Recordemos, por ejemplo, que las iglesias evangélicas de impronta anglo-norteamericana, ni los españoles por ellos educados, jamás supieron llegar al pueblo gitano. Tuvieron que venir de Francia unos misioneros de dicha etnia y otros muy conocedores y amantes de su cultura, dispuestos a romper el modelo anglosajón y plantar iglesias étnicas, para que el Evangelio alcanzara a este pueblo, y en pocos años el número de gitanos convertidos al Evangelio superaba en España al número de “payos” cautivos del Evangelio anglo-americanizado.

Lo mismo podemos decir respecto al avivamiento de las iglesias evangélicas en la América Latina, donde no ha sido, como algunos creen erróneamente, el movimiento Pentecostal importado de los Estados Unidos quien ha sido el artífice del desarrollo experimentado por dichas iglesias evangélicas latinas, sino que la clave ha radicado y sigue haciéndolo en la latinoamericanización que muchos pentecostales han sabido dar a las congregaciones evangélicas tradicionales, mortecinas y decadentes mientras han vivido las formas y estructuras importadas del “Big Brother” del Norte.

Nosotros no estamos sancionando ni positiva ni negativamente estos hechos, sólo estamos constatando y describiendo la visión de la realidad que somos capaces de captar.

Las iglesias históricas de la tradición de la Reforma, y las que no teniendo esa procedencia se han entroncado en ella, como es el triste caso de gran parte de los bautistas, donde está de momento nuestra adscripción denominacional, no han experimentado, y siguen sin hacerlo, el desarrollo de las iglesias pentecostales y carismáticas, donde han sabido abandonar las frías solemnidades de tiempos pretéritos y recuperar el carácter festivo del culto cristiano.

Esto es algo que hasta el día de hoy apenas hemos sabido hacer en nuestro contexto español: La españolización de nuestras iglesias cristianas evangélicas sigue siendo una de nuestras asignaturas pendientes, probablemente porque nos resulta cómodo adaptarnos al sistema importado que frecuentemente sigue auspiciando y sufragando a muchos agentes y misiones.

Lo mismo puede apreciarse en España en los tiempos más recientes, donde los misioneros latinoamericanos han sabido levantar grandes iglesias en un período de tiempo muy breve, ante la mirada de estupor de los “misioneros” del ámbito “anglo” tradicional, quienes siguen buscando desesperadamente algún método para alcanzar a los inmigrantes y desplazados que ellos denominan la “diáspora latinoamericana”.

Cada día resulta más evidente que no han venido a España a alcanzar a los españoles, sino a realizar una especie de evangelización selectiva, aprovechando la presencia de tantos inmigrantes con carencias de todo género y evidente falta de integración social. Da la impresión que jamás han reparado en que la gran comisión de nuestro Señor Jesucristo fue y es anunciar el Evangelio a toda criatura, y que la iglesia naciente en aquel Pentecostés del capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles fue constituida por muchas nacionalidades presentes en Jerusalem, y la llamada de atención fue la alabanza a Dios en las lenguas en que habían nacido los congregados.

Estos misioneros se aprovechan de las iglesias constituidas y abiertas a todos para usar a sus miembros en sus propias campañas y formar sus células, que nunca ponen en contacto con las iglesias españolas, conservándolas como reducto propio que justifique su presencia, sacar la foto de rigor y cubrir algunos impresos y formularios que la casa matriz les exige.

¿Qué sucederá cuando estos misioneros completen su misión y se marchen? ¿Qué ocurrirá con sus conversos? No fue esa la actitud ni la labor de los misioneros que conocimos cuando dimos nuestros primeros pasos en el Evangelio. Estaban integrados en una iglesia local, colaboraban con ella, trabajaban bajo la dirección de los pastores nacionales y de esa manera contribuyeron en la extensión de la obra. ¡Qué distintas son las cosas en nuestros días!

El panorama que se presenta en el futuro para las iglesias históricas y las que han sido calcadas de esa religión que nosotros definimos como “*evangelicalismo tradicional norteamericano*”, no es precisamente muy halagüeño, por cuanto la merma de membresía en muchas iglesias históricas es más que alarmante.

Aquí es menester considerar las características del modelo de formación de los futuros pastores en los seminarios tradicionales, muchos de ellos actualmente facultades de teología protestante, donde prima el perfil académico de quienes optan por estudiar teología, así como respecto a su plantel, donde se sigue hasta el día de hoy el patrón importado por quienes los fundaron.

Aquella educación teológica se dirigió y sigue dirigiéndose a pensadores teóricos, pero no a la formación de pastores del rebaño. El modelo de predicación traído por los “misioneros” y sus programas homiléticos se han centrado en la retórica, la dogmática y la descriptiva, sin énfasis en la narración y la contextualización del Evangelio a la vida cotidiana. Ahora, con el énfasis en el perfil académico, sin que incidan ya los valores espirituales, el resultado es la producción de espectadores pasivos.

Paralelamente, el pueblo evangélico español de nuestros días no está interesado en la institucionalización de la iglesia, ni mucho menos en la denominacionalización de la misma. Esta última sólo interesa, con algunas excepciones de nacionales que tienen en la denominación de turno su “*modus vivendi*”, a los “*misioneros-turistas*” que tienen que justificar sus *vacaciones al sol* demostrando el crecimiento de sus prosélitos etiquetados con sus “*marcas de fábrica*”.

A la mayoría de los cristianos ya no les interesa la denominación en el plano institucional, que por otra parte resulta carísima por tener que sostener su infraestructura siempre con tendencia a aumentar, mera réplica de su organización “*madre*” al otro lado del Atlántico. Tampoco entienden la autoridad institucionalizada, sino que la mayoría de los cristianos evangélicos contemplan la iglesia local, que es la verdaderamente visible, como comunidad de fe y vida, como ámbito emocional y afectivo, así como el reconocimiento de la autoridad espiritual frente a la autoridad organizativa heredada de los “*misioneros*”.

Lo mismo acontece entre la mayoría de los jóvenes, para quienes la denominación importada por los agentes denominacionales se ha vuelto algo obsoleto, cuando no opresora y obstaculizadora de una comunión abierta con otros cristianos de otras tradiciones, con quienes poder compartir más libremente sus inclinaciones, sus proyectos, sus alegrías, sus sentimientos, su problemática, sus aflicciones, sus luchas en la vida.

Mientras tanto sería interesante que analizásemos, como cristianos evangélicos españoles, si hemos conocido a un número significativo de “*misioneros*” que hayan mostrado un verdadero y genuino interés hacia la cultura española, como, por ejemplo, por nuestra literatura, nuestra poesía, nuestro teatro, nuestra música y nuestro folclore en general.

Lógicamente, no pueden mostrar semejante interés quienes vienen a este país, o a cualquier otra nación, para permanecer en el campo misionero durante unos pocos años, y después partir hacia otro destino, conforme a las directrices u órdenes de la casa matriz, sabiendo que lo más probable es que jamás vuelvan por estas latitudes. Han cumplido un servicio asignado, y emprenden su camino hacia el desempeño de la nueva asignación. Parecen agentes secretos al estilo de “*Misión Imposible*”, nunca mejor dicho.

Atrás quedan aquellas iglesias que les acogieron y aquellos hermanos y hermanas con quienes aparentaron establecer relaciones de compañerismo y amistad. Se acabó su misión y ya no hay nada más que hacer. Hemos conocido iglesias que tras la salida del “*misionero*” de turno se han volatilizado o fraccionado en varios grupúsculos condenados a su desaparición, especialmente en aquellos casos en que antes de salir han dejado a un grupo de hermanos responsables que al día siguiente ya entraban en una encarnizada lucha por el “*liderazgo*”. Pero en el *currículum* del “*misionero*” siempre aparecerá la medalla de la “*obra*” realizada durante su estancia en España.

Pocos días atrás me hablaban unos misioneros británicos para pedirme enviara a algunos miembros de nuestra iglesia a las reuniones de oración y estudio bíblico que celebran en la casa de uno de ellos. Necesitaban la “*foto*” para justificar su estancia en este pobre país nuestro. Sin embargo, las dos o tres personas que habían logrado atraer a

su reunión casera, jamás los habían traído a los cultos de nuestra congregación, a pesar de su proximidad. Eran de su propiedad, y debían permanecer ignorantes de que existían comunidades como la nuestra, donde poder desarrollarse en los numerosos ministerios que toda iglesia local ofrece.

Cuando les pregunté qué iba a suceder con los escasos contactos que habían logrado reunir, después de que salieran de Madrid para otro destino, se miraron entre sí y no supieron qué responder. Por otra parte, hasta el día de hoy han procurado no poner a esos contactos en relación con la iglesia local, para mantener de ese modo su “*corralito*” de propiedad privada.

Recientemente, me hablaron de una actividad “*evangelística*” que iban a llevar a cabo en un centro cultural, por supuesto no en la iglesia a la que se habían unido según ellos para colaborar con la “*obra nacional*”. Ellos se lo había *guisado y comido*, sin contar para nada con el pastorado local. Incluso habían hecho imprimir unas invitaciones redactadas en inglés, en letra bien grande, con el texto mal traducido al castellano en letra minúscula, como en los contratos. Pero, eso sí, les encantaría que movilizáramos a la congregación para asistir de comparsas y salir en la foto correspondiente.

Hemos podido constatar que la inmensa mayoría de estos “*agentes*” no son conscientes de que aunque creen estar proclamando el Evangelio, pues no podemos entrar en la profundidad de su conciencia –nosotros no hacemos juicios de valor, ni mucho menos condenatorios, sino descripción de hechos y situaciones con sus efectos- en realidad sólo están extendiendo la ideología de su imperio, las formas religiosas de su cultura y su sistema de valores, aspectos de los que están absolutamente convencidos que son muy superiores a los del pueblo que los acoge. Su sistema, modelo y patrón han fracasado en origen, y ahora están ensayando aquí nuevos esquemas.

Los británicos canalizaron originalmente el cristianismo evangélico de los norteamericanos, pues no en vano fueron sus antiguas colonias, del mismo modo que el francés *Juan Calvino* fraguó el cristianismo reformado de los suizos y el presbiterianismo de los escoceses.

Ahora bien, no pensemos que el origen del problema radica en la cultura protestante anglosajona de la mayoría de los “*misioneros*”. Si el imperio español no se hubiera desplomado, actuaríamos exactamente de la misma manera que ellos, pues en realidad así fue como lo hicimos en su momento.

Describimos hechos, desde nuestra perspectiva, naturalmente, pero no creemos que esto sea algo atribuible a una determinada cultura o a un imperio específico, sino al imperante en el momento histórico de que se trate.

En una escala muy reducida lo hemos podido comprobar en nuestras limitadas empresas misioneras evangélicas en África, con la gran aportación procedente de la “*Misión Bautista Europea*”, de fuerte centralización alemana, como el pangermanismo que hoy dirige los destinos temporales e incluso “*espirituales*” de Europa, donde el trasplante de la cultura española frena la extensión del Evangelio entre las etnias locales, de quienes se espera hablen o aprendan el castellano, sin que nuestros misioneros españoles aprendan alguna de las lenguas autóctonas antes de entrar en el campo misionero.

¿Por qué son así las cosas? Porque cuando el modelo no es el neotestamentario, y los valores no son los del Reino de Dios, sino el modelo mediatizado por el sistema imperial o imperante del momento, todos, sin excepción, creemos que nuestra cultura es la mejor, y que nuestro entendimiento sociocultural del Evangelio y el Evangelio propiamente dicho son una misma cosa. Sólo tenemos que echar una mirada a la dirección de las órdenes religiosas católicas en Latinoamérica y otras latitudes, y comprobaremos que sus superiores son casi en su totalidad europeos.

¡MÁS DIFÍCIL TODAVÍA!

“Un ejército de principios puede penetrar donde nunca podrá hacerlo un ejército de soldados.”

Thomas Paine.

(1737-1809)

“¡Más difícil todavía!” es una conocida frase circense que se pronuncia al redoble del tambor. Esta debería ser también una expresión que definiera el quehacer evangélico de muchos entornos en nuestros días, con todo mi respeto para las nobles y dignas artes de la familia del circo, y mi petición de perdón por haberlo empleado a título comparativo evidentemente incontextual.

En un viaje reciente a Londres, con motivo de haber sido invitado a participar en un encuentro de pastores de iglesias evangélicas latinas de dicha capital, quedé profundamente impresionado al enterarme de que acababan de celebrar un acto supuestamente “*evangelístico*” la mar de curioso.

Primeramente, esta voz, “*evangelístico*”, pésima transliteración del vocablo inglés “*evangelistic*”, al igual que “*evangelismo*”, del inglés “*evangelism*”, cuyas formas castellanas recogidas en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* son “*evangelizar*”, “*evangelización*”, “*evangelizador*”, “*evangelista*” y “*evangélico*”, por cuanto ni “*evangelístico*” ni “*evangelismo*” pertenecen a la lengua castellana, sencillamente no aparecen en nuestro léxico.

Lo que el *Diccionario de la Academia* recoge como voces castellanas no coincide con los idiotismos y barbarismos que nos han impuesto estos invasores de nuestra lengua. Pero, volviendo al asunto del “*evento evangelístico*” en cuestión, había sido una

concentración en la que un grupo de hermanos de varias congregaciones evangélicas latinas se habían apostado en la céntrica plaza londinense de “*Trafalgar Square*” con carteles en los que se ofrecían “*Free Hugs*”, es decir, “*Abrazos Gratis*”, para invitar a los viandantes a recibir un abrazo de cariño en el nombre de Jesucristo.

Cuando me hablaron de dicha actividad pensé primero que se trataba de una broma, pero las fotos y videos que me mostraron, además de comprobar el “*éxito*” que habían tenido, especialmente las jovencitas de dichas congregaciones en esta labor, y particularmente las más dotadas de atributos femeninos, me hicieron comprender que efectivamente aquello había sido cierto. Sólo faltaba el redoble del tambor y el “*más difícil todavía*”, insisto.

La experiencia no dejó de ser interesante, creemos que más propia para un ejercicio de estudiantes de psicología y sociología que para una congregación cristiana deseosa de extender el Evangelio. Pero las cosas habían sido así.

Después, en conversación con algunos dirigentes de una congregación en particular –a ellos siempre les encanta denominarse “*líderes*”, anglicismo que tampoco está registrado en el Diccionario de la Academia de nuestra lengua, y que detesto cuando se emplea por y para quienes deberían definirse, si en verdad lo fueran, como “*siervos*” y “*siervas*”, “*obreros*” y “*obreras*”- terminaron por reconocer su frustración después de llevar mucho tiempo probando método tras método “*evangelístico*” de importación sin apenas lograr lo que ellos denominaban “*éxito*”.

Cuando les sugerí trataran de cambiar el concepto del “*éxito*” por el de la “*fidelidad al Señor*”, mostraron gran sorpresa. Siempre ocurre. Al confrontar a estos “*líderes*” con la realidad bíblicamente constatable de que nuestro Señor no nos pide primordialmente hacer milagros sino ser fieles y leales a su persona y a su enseñanza, observo muecas de escepticismo.

Tuve la oportunidad de preguntarles si tenían un programa de obra de benevolencia y misericordia –lo que a muchos les gusta denominar “*obra social*”, término que deberíamos dejar para referirnos a algún departamento de nuestros ayuntamientos y otras instituciones seculares- tal como la distribución de ropa y alimentos a tantos necesitados como encontramos en nuestros días, en su entorno como en el nuestro; la enseñanza del idioma y la orientación social de los inmigrantes para facilitar su imprescindible integración, así como el regalo de un ejemplar de las Sagradas Escrituras, o un Nuevo Testamento, o al menos una porción bíblica, a los contactos y visitantes; el padrinazgo de niños en alguna de las muchas regiones necesitadas del infortunadamente llamado “*tercer mundo*”; o si contribuían con alguna aportación a las misiones nacionales e internacionales, y su respuesta fue un rotundo “*no*”.

Además de su cara de estupor ante mi pregunta, y la rápida afirmación de no tener presupuesto para tales expresiones de amor cristiano, trataron de autodisculpase manifestando haber “*tenido*” que dedicar sus fondos para comprar ordenadores, cañones de proyección, equipos de sonido de gran calidad, sofisticada microfonía inalámbrica, sistemas de efectos luminosos especiales, instrumentos musicales de primer orden, un púlpito –entiéndase un ambón o atril- de metacrilato transparente, tan en boga en la actualidad, y toda la parafernalia discotequera que tanto gusta en muchas

iglesias de nuestros días. Eso suponía para ellos haber “*montado*” una iglesia, como quien “*monta*” cualquiera clase de negocio.

Aquellas habían sido sus necesidades “*fundamentales*” al “*instalar*” su iglesia. A la vista de su presupuesto hubiera sido fácil pensar que se trataba de una discoteca o un club social y no de una congregación cristiana, o quizá la preparación y adecuación de un local para celebrar una convención o congreso político o sindical. Todo ello siguiendo el modelo de una de las primeras iglesias evangélicas latinas de Londres, la más concurrida de la ciudad, y que se congrega en un teatro, a la zaga de la cual siguen todas las demás comunidades étnicas, la mayoría de las cuales no son fruto de conversiones a Cristo Jesús, sino el triste resultado de enfados y divisiones producidas por las luchas de protagonismo de los supuestos “*líderes*” instigados por los misioneros que tienen que demostrar su éxito a las casas matrices que les han enviado.

El modelo importado solamente busca crecimiento numérico, aumentar el contingente de asistentes a los insufribles cultos teatrales saturados de estridentes decibelios, en los que resulta imposible encontrar un momento en el que cese el escándalo y se produzca el silencio y el sosiego imprescindibles para la meditación y la reflexión, aspectos de la vida y del culto cristiano que han desaparecido casi por completo en el evangelicalismo de las nuevas olas.

Lo que otrora fuera el presbiterio, hoy es una plataforma a guisa de escenario en el que se desenvuelven unos “*actores*” que “*dirigen*” la alabanza y adoptan posturas y gestos miméticos, mientras en la mayoría de los casos la asamblea se limita a un incesante palmoteo y a cimbrear el cuerpo, y poco más que exclamar unas recurrentes expresiones estereotipadas, mecánicamente repetitivas y que ellos llaman “*alabanzas*”.

Su meta busca el exclusivo resultado de aumentar el número de miembros, lo que significa en definitiva procurar el crecimiento de las finanzas de las iglesias. Ese planteamiento no responde sino al modelo de una empresa mundana encubierta y disfrazada de “*iglesia*”, con tintes notorios de secta importada, al estilo de la descrita magistralmente en clave de refinado humor y vivo ingenio por el afamado grupo argentino “*Les Luthiers*” en su cuadro titulado “*El Sendero de Warren Sánchez*”, que recomendamos sin pensarlo dos veces a todos nuestros lectores. Son geniales.

Esto es algo que muchos verdaderos cristianos evangélicos no ignoran, si bien temen expresarlo por saber el precio a pagar: El rechazo por parte de algunos de los “*misioneros*” más modernos, que los hay, y sus acólitos, de sus organizaciones paraeclesiásticas, que muchas veces son la fuente de sostén de las iglesias “*nacionales*”, y el gran contingente de creyentes nativos adaptados al sistema importado o no deseosos de cambios que pudieran hacer temblar su frágil *status* de acomodación al sistema o de ostentación de pequeños y ridículos cargos de “*autoridad*” dentro de la jerarquía de las iglesias y denominaciones, los cuales jamás hubieran podido alcanzar nivel destacado de notoriedad alguna en la sociedad general.

Tristemente, esos aspectos convierten el campo eclesiástico evangélico en un enclave de mediocridad supina en el que la voz del Espíritu Santo es sofocada por los comités, las conferencias, los congresos y convenciones, “*eventos*” cada día más numerosos y semejantes a los organizados por los partidos políticos y los sindicatos estatales. En fin, que unos amordazan al Señor con sus tradiciones y la defensa de lo que denominan

“*rasgos de identidad*”, y otros lo hacen a base de ruido y barullo bajo el falso epígrafe de “*alabanza*”. De una u otra manera, lo importante es, de forma consciente o inconsciente, que no se haga oír la voz del Espíritu Santo. La “*paloma*” no entra en las estructuras cerradas y se asusta del ruido.

El precio a pagar por refugiarnos en la tradición y la burocracia denominacional va a ser muy alto. También grande va a ser el coste del analfabetismo bíblico. No va a servir que escondamos la cabeza en la arena. Eso no va a cambiar las cosas. Los cambios sólo pueden producirse cuando nos preguntamos a quiénes estamos llegando con el Evangelio, qué Evangelio estamos predicando, y cuáles son las características de los hombres y mujeres con quienes recorreremos el camino diario de la vida.

El siglo XXI, del que ya hemos superado la primera década, ha sido denominado “*época postmoderna*”, y su primera característica, según muchos expertos y estudiosos, es que la generalidad de los hombres experimenta siempre una fuerte desconfianza hacia todo lo establecido. Son escasísimas las personas a quienes les importen las costumbres y las tradiciones, por muy arraigadas que hayan podido estar en el pasado. Los jóvenes han sido descritos por varios sociólogos como “*carentes de referentes*” y “*sin compromisos con los ideales*”, y como consecuencia resultan ser buscadores de la diversidad, la diferencia, la emancipación, la autonomía y la exploración de diversas formas y estilos de vida.

Esta ausencia de referentes implica indiferencia e insensibilidad para con todo proyecto histórico, es decir, una absoluta ausencia de compromiso social y político. Hoy no hay interés por el mundo, por el universo, sino por el mundillo de cada uno en particular, sin cosmovisión de ninguna clase. Da la impresión de que la encarnación del Verbo no hubiera sido en este mundo, sino en medio de alguna de las sectas político-religiosas de los días de Jesús en carne.

La personalidad se vuelve cada día más “*light*”, más “*descafeinada*”, más “*insípida*”, con prevalencia de la levedad y superficialidad del ser. La expresión evidente es la debilidad del pensamiento, la falta de firmeza en las convicciones, la asepsia en cuanto a los compromisos, indiferencia hacia casi todo, el absoluto relativismo, la vigencia social como norma de conducta, la ética basada en la estadística, de modo que lo correcto es lo que hace la mayoría. Y quien “*tiene razón*” es quien puede presentar un mayor número de “*borregos*” que dicen “*amén*”.

Ahora bien, si cambiamos alguna letra o una coma de su sitio, ya sabemos que no vamos a salir en la *foto*. Esto es incuestionable, por cuanto bajo apariencias de libertad y democracia la realidad es la falta de auténtico diálogo, contraste de pareceres y la inexistencia de foros en los que se puedan analizar y debatir los asuntos que verdaderamente inciden en nuestra sociedad, sus consecuencias espirituales y en las que se ve afectada la cristiandad.

Así se pasa rápidamente a la situación de llamar a lo malo bueno y a lo bueno malo. A esto hemos de añadir el inmenso amor del hombre actual a la velocidad en el desplazamiento y la instantaneidad en la búsqueda de las cosas. Todo ha de hacerse rápidamente. Es la cultura que algunos han llamado “*The Fast Culture*”, “*La Cultura de lo Rápido*”, como en el caso del “*Fast Food*”, es decir, la “*comida rápida*” al precio de ser no sólo instantánea, casi liofilizada, sino “*comida basura*”.

De ahí la inmediatez hedonista de la búsqueda del placer inmediato. Pero semejante característica puede extrapolarse a cosas tan cotidianas y simples como el mando de control remoto de nuestro televisor, frente al que se manifiesta nuestra premura como telespectadores -a mí también me ocurre- por buscar el canal que está emitiendo el programa que nos interesa o el partido de fútbol del momento, aunque esto último no sea mi caso.

El uso tan descarado del fútbol como cortina de humo y elemento fundamental en la política del “*pan y circo*” del poder establecido para el pueblo, me ha hecho casi repudiar a este espectáculo que otrora fuera una práctica deportiva. La búsqueda del resultado que nos satisfaga ha de ser siempre rápida y eficaz. Y quien no responda a este modelo será “*camarón*” que arrastre la corriente.

Algo semejante ha alcanzado a las aspiraciones y metas de muchas agencias misioneras que miden su éxito por el número de asistentes a sus reuniones, y hablan del “*rédito*” – les he escuchado referirse al “*turnover*”, “*facturación*” o “*movimiento*”- en almas que se obtiene mediante la inversión de su dinero en los diversos campos misionales. Y en esto, como en tantas otras cosas, España no está entre las principales posiciones. Nuestro “*índice de riesgo*” en “*inversiones espirituales*” es también tan alto como en la economía nacional.

El resultado es el abandono de la formación en las Sagradas Escrituras y la aparición del fenómeno de los “*analfabetos bíblicos*”, apenas conocedores de algunos versículos de las Sagradas Escrituras, siempre que aparezcan citados en alguna canción del cantante evangélico más exitoso del momento.

Lo importante para muchos, especialmente para los jóvenes, es la relación emocional. Por consiguiente carece de importancia el estudio de la Biblia. Las comunidades eclesiales dejan de construirse en torno a las Sagradas Escrituras, sino que se vuelven asambleas emocionales en las que el sentido religioso se centra en sentirse bien, como se detecta en la letra de la mayoría de los llamados “*coritos*”, en los que no se alaba a Dios sino que se ensalzan nuestros sentimientos y emociones.

Al respecto de los “*coritos*”, volvemos a detectar la incongruencia de esta voz que según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua significa “*desnudo o en cueros; encogido y pusilánime; montañés, es decir, natural de la Montaña; asturiano, es decir, natural de Asturias; y obrero que lleva a hombros los pellejos del mosto o del vino desde el lagar a las cubas*”. ¡Sorprendámonos!

Todo se vuelve espejos y humo para que la gente, especialmente los más jóvenes, acudan al espectáculo. Pero el alimento bíblico brillará por su ausencia. Todo será “*Coca-Cola*”, “*palomitas*”, “*sándwiches*”, “*algodón dulce*”, y, “*perritos calientes*”. Y que conste que a mí todas estas cosas me encantan en los parques de atracciones y en los circos. Con eso me encontré no hace tanto en una campaña de evangelización en un centro del Sur de España, donde el nuevo propietario del recinto –una organización supuestamente “*cristiana evangélica*” dedicada a la rehabilitación de drogadictos y marginados, tapadera para su explotación como mano de obra ilegal y no remunerada- aprovechó la ocasión del evento “*evangelístico*” para recaudar fondos mediante la venta de aquellas cosas y del amplio “*merchandising*” de su organización.

En medio de este contexto aparece la figura del “*misionero*” enviado por una agencia protestante, quien pronto descubre que las iglesias históricas, generalmente fundadas y organizadas por agentes que le precedieron bastantes años atrás, ahora están moribundas, frecuentadas por gente de edad bastante avanzada, con reducción del número de servicios durante la semana e incluso en el día Domingo, y con un panorama frente a ellas nada alentador, nada diferente al de sus países de origen, de donde muchos han procurado huir en su insoportable y creciente frustración.

Ni las iglesias históricas ni los “*misioneros*” enviados por las casas matrices han sabido aprovechar la obra genuina del Espíritu Santo. Mucho menos los “*obreros*” nacionales con sueldo denominacional, formados en “*seminarios*” donde se les ha dado instrucción retórica, dogmática y descriptiva, sin apenas relación con la vida cotidiana.

Igualmente, la liturgia traída por los “*misioneros*” ha sido auditiva, sin procurar la participación de los concurrentes a los cultos, convirtiéndolos en espectadores pasivos y poco más.

La mayoría de los europeos y norteamericanos están absolutamente ciegos e inconscientes en cuanto a lo que ha sucedido y está ocurriendo en aquellos lugares donde la iglesia está verdaderamente creciendo y desarrollándose. Se niega o desconoce el hecho de que el centro de la cristiandad protestante, que dejó la vieja Europa para trasladarse a los Estados Unidos de América, se ha desplazado actualmente al Hemisferio Sur, y hoy ya se encuentra en Asia, Latinoamérica y África. Insisto en que no estoy haciendo un juicio de valores, ni pretendo estar de acuerdo ni que me gusten todos los aspectos de esa versión del cristianismo, sino que me limito a presentar una descripción de los hechos.

Durante los últimos cien años, aproximadamente, los Estados Unidos han venido siendo el gran centro de influencia de la versión o corriente cristiana evangélica del protestantismo, como anteriormente lo fuera el Reino Unido de la Gran Bretaña, pero las cosas han dado ya un giro que no deberíamos seguir ignorando.

En ese nuevo centro neurálgico está dándose un cristianismo mucho más fundamental, con manifestaciones espirituales de carácter sobrenatural, mientras que en los centros tradicionales las iglesias se han visto infectadas por la teología protestante liberal-burguesa, con la resultante negación de toda manifestación sobrenatural, lo que convierte al cristianismo en un humanismo cristiano alejado del Evangelio de Jesucristo.

Además, mientras que tanto en Europa como en los Estados Unidos se lucha por una iglesia liberada de jerarquías, las iglesias de los nuevos centros de la cristiandad siguen a apóstoles carismáticos que procuran ser fieles a las Sagradas Escrituras y afirman el poder del Espíritu Santo para hoy. Seguimos describiendo. No estamos ni aprobando ni descalificando.

Cualquier observador se puede percatar de la situación real en nuestros días: El cristianismo está creciendo más rápidamente en zonas que dentro de muy poco serán los grandes centros de población de las nuevas economías emergentes. Digno de consideración es el caso de China. A pesar de los esfuerzos por parte del aburguesado protestantismo anglosajón de ocultar este hecho, el desarrollo del cristianismo chino

autóctono, no dependiente de misioneros extranjeros, es sorprendentemente inmenso y en constante desarrollo.

Mientras tanto, el protestantismo de factura burguesa anglosajona persiste en un craso error de creer siempre que si algo no está ocurriendo entre ellos, no está sucediendo en ninguna parte. Aunque cueste admitirlo, a esos niveles puede llegar el orgullo y la soberbia humanas. Por lo tanto, si se está dando innegablemente una creciente decadencia del cristianismo evangélico organizado en su medio, estará dándose igualmente en todas las demás latitudes, según creen ellos. Sin embargo, eso no es cierto.

Hagamos un poco de memoria. En la década de los cincuenta del pasado siglo fueron expulsados de China unos siete mil misioneros extranjeros. La iglesia en aquella nación quedó completamente desamparada, sin seminarios, sin profesores, sin imprentas, sin literatura, sin personal cualificado para dirigir hospitales y orfanatos que las misiones extranjeras habían levantado en el curso de los años de trabajo en aquella inmensa nación.

El régimen comunista, en su interpretación errónea del marxismo, según creemos nosotros, luchó enconadamente por erradicar todo vestigio cristiano. Sin embargo, en la década de los setenta del pasado siglo surgió un cristianismo de iglesias caseras sin que hasta el día de hoy se haya logrado saber cómo se extendió casi de la noche a la mañana.

Según fuentes gubernamentales chinas, el número de cristianos evangélicos ha pasado de un millón en 1950 a dieciséis millones en la actualidad. Esta estadística oficial comprende solamente aquellos miembros de las iglesias legalmente establecidas en el territorio chino, es decir, registradas ante el estado, sin tener en cuenta el número de creyentes que se congregan en casas, más allá del control gubernamental.

David Aikman, exdirector de la revista “*Time*” en Beijing, calcula que un número más real de cristianos chinos sería el de ochenta millones, y otras fuentes estiman que fácilmente podrían llegar a ser más de cien millones de creyentes. A esta cifra habría de añadirse el notable contingente de cristianos chinos en su diáspora universal.

Este desarrollo se ha dado sin libertad religiosa plena, sin misioneros extranjeros, sin apenas literatura evangélica, sin radio ni televisión cristianas, sin edificios destinados a iglesias, sin seminarios, sino simple y llanamente mediante el modelo que hallamos en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Esta cristiandad china no ha sido mediatizada por las denominaciones históricas con sus etiquetas de importación; nadie les ha dicho que los dones, ministerios y operaciones del Espíritu Santo hayan dejado de tener vigencia para nuestros días o sigan teniéndola; nadie les ha dicho que al principio levantó nuestro Señor apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, y que así sigue siendo, ni que ya hayan cesado los apóstoles y profetas, siendo substituidos por las organizaciones denominacionales y su estructura, a la que han de someterse los pastores y misioneros.

Parece ser que la Santa Biblia ha sido su gran recurso y su único libro de texto, que estos hermanos se han tomado en serio el mensaje de las Sagradas Escrituras, y que

también éstas han sido el fundamento de todas sus estructuras para el establecimiento y desarrollo de las iglesias.

Están ocurriendo muchas cosas en este mundo nuestro, pero hay quienes no tienen ningún interés de que seamos conscientes de ello. Podemos afirmar sin correr el riesgo de errar que una de las más infortunadas características del pueblo evangélico español es la casi total desinformación de lo que está aconteciendo en el mundo.

Si algún lector no lo cree, sólo tiene que preguntar cuántos son los hermanos en su iglesia que leen algún periódico diario o revista semanal; cuántos son quienes han escuchado recientemente sermones o participado en estudios bíblicos relacionados con los acontecimientos de nuestros días; cuántos son los que han comprobado que los temas candentes de nuestra sociedad se tratan en sus iglesias a la luz de las Sagradas Escrituras y la historia de la Iglesia.

Empleando el título de un magnífico libro de Miguel Delibes, hay “*un mundo que agoniza*” y otro nuevo que surge de las cenizas del viejo y caduco. Y este fenómeno puede aplicarse perfectamente a la actualidad del cristianismo como a todas las demás cosas.

¿QUÉ ESTÁ SUCEDIENDO?

“La creencia en un dios cruel vuelve crueles a todos los hombres.”

Thomas Paine.

(1737-1809)

Creemos que en la medida en que al Evangelio lo hemos occidentalizado en general, y americanizado en particular, lo hemos ido lenta pero progresivamente desposeyendo de sus elementos auténticamente distintivos.

Es tristísimo tener que reconocerlo, pero bajo el epígrafe de “*evangélico*” hoy cabe prácticamente todo. En muchísimos más círculos de los que deseáramos, el movimiento evangélico es una especie de cáscara de nuez vacía. Y todos sabemos muy bien que las nueces que más ruido producen son las que no están llenas.

Nos han vendido la nefasta e insostenible idea de que nuestro mundo occidental, con su capitalismo de mercado libre, es decir, el sistema regido por la oligarquía poseedora de nuestras haciendas y conciencias, es la única alternativa “*cristiana*”, del mismo modo que nos han hecho creer que la familia nuclear occidental es el único modelo de familia conforme al patrón cristiano: Papá, mamá, el niño y la tarjeta de los grandes almacenes.

Han pretendido hacernos creer, y lo han logrado con muchos incautos, que ellos, los “*misioneros turistas*”, eran los “*buenos de la película*”; que la historia del mundo era un maniqueo “*western*”, *spaghetti*, *hispano* o *anglo*, con su “*malo*”, su “*bueno*”, su “*chica*” y su “*feo*” de turno; y que nosotros pertenecíamos a una simbiosis de “*malo*” y “*feo*” por la gracia de Dios; y que la galopante secularización de la sociedad era un fenómeno que sólo se daba por estas tierras idólatras e hispanas, como si fuéramos un provincia alejada del núcleo central del imperio, mientras que en el “*core*”, en el núcleo

del poder, se centraban todas las bendiciones imaginables, cuando la realidad es muy otra.

Han pretendido hacernos creer que ser cristiano y seguir el modelo del “*American way of life*”, “*la forma de vida americana*”, eran una misma cosa. Y la mayoría han picado el anzuelo y han tragado el aparejo entero hasta el fondo, sin posibilidad de desenganchárselo y devolverlos a la corriente de la vida.

Mientras tanto, entre Madrid, Barcelona y Sevilla hay más de setecientos “*misioneros*”, en su mayoría norteamericanos, registrados en la *Federación de Entidades Religiosas Evangélicas de España (FEREDE)*. Pero esta no es toda la realidad, pues se calcula que el número total puede alcanzar los mil “*misioneros*”, comprendidos los muchos que trabajan por libre, ya que la mayoría no se desempeñan dentro del marco de las congregaciones locales, sino que lo hacen por su propia cuenta, sin someter ningún informe de actuación a las iglesias nacionales, sin rendir cuenta a quienes con su actuación demuestran despreciar o tener en muy poca estima.

De ese modo se invierte la práctica apostólica neotestamentaria, donde son las iglesias las que envían a sus misioneros, a sus apóstoles, y éstos vuelven a las iglesias para rendir cuentas de la labor realizada en sus viajes. Estos “*agentes*”, por el contrario, son autonómicos, independientes y autosuficientes, y sólo rinden cuentas a sus casas matrices, de modo que cuando en un acto de aparente “*buena voluntad*” solicitan la membresía en una iglesia local, entran a formar parte de la misma con una “*doble membresía*”, sujetos y sometidos primeramente a las directrices de la casa matriz de donde llega su sostén.

Es muy triste comprobar que siguen siendo más los “*misioneros*” extranjeros que los pastores españoles, y que muchos de ellos no sabemos realmente lo que están haciendo, aparte de incluso dividir en algunos casos las congregaciones llevándose a los descontentos, que nunca faltan, para formar con ellos sus propios grupúsculos y justificar de ese modo su permanencia en España. ¡La foto, la foto, la foto!

A todas luces es evidente que seguimos siendo colonizados espiritualmente por agentes de entidades extranjeras. El rostro que mostramos ante la sociedad general continúa siendo de “*patito feo*”, y el resultado de dicha invasión resulta ser prácticamente inexistente, por cuanto la multiplicación se produce por división.

¿Qué hay detrás de esta situación de la que casi nadie se atreve a hablar en ningún foro, si es que tal foro existiera? Se dan varios factores decisivos: Se muestra una evidente falta de auténtico llamamiento espiritual; falta de amor a la tierra y las gentes a quienes afirman haber sido enviados; carencia inmensa en cuanto a preparación lingüística y cultural; desprecio hacia todo lo español, como resultado obvio de su creencia en la supremacía de su imperio; y, por supuesto, vida distante de la realidad social.

Muchos estudiaron algo, no todos, para después entrar a trabajar en una multinacional religiosa y fueron destinados a España, como podían haberlo sido a otro lugar del planeta. Naturalmente, como en cualquier otro caso, su objetivo fundamental es cumplir las directrices de sus casas matrices y agradar a sus jefes, como ocurriría en otra empresa dedicada a cualquier otra actividad política, comercial o mercantil. Y una vez más hemos de repetir que el que se mueve, no sale en la *foto*.

Vienen a nuestra mente los casos de misioneros norteamericanos expulsados de su “*misión*” por contemporizar con españoles y adoptar formas culturales de esta nación.

El control de estos personajes por parte de sus jefes y coordinadores llega a ser tan estrecho que en algunos casos sus patrocinadores les obligan a firmar un documento por el que se comprometen, por ejemplo, a “*no hablar en lenguas*” durante su ministerio, a no probar gota de alcohol, ni a contemporizar sentimentalmente con los nativos.

El montante económico que mueven estos “*misioneros*” es superior a lo que la mayoría de los incautos evangélicos españoles sospechan. El mínimo por familia ronda los tres mil dólares mensuales (sueldos, alquileres, automóviles, pólizas de seguros médicos, etc.), llegando en algunos casos, en función del tamaño de la familia, a los cinco mil. Suelen habitar en urbanizaciones lo más semejantes posible a sus residencias de origen. Esto significa que esta caterva de parásitos mueve un montante de unos tres millones de dólares mensuales, que multiplicados por doce meses representa la friolera de tres mil seiscientos millones anuales.

Ahí se circunscribe su amor, entrega y trabajo en la “*obra*” del Señor. Ellos, naturalmente, a esta situación la llaman “*vivir por fe*”. ¿Tú no lo harías?

No tenemos nada que objetar al pago de estos agentes. Si sus casas matrices les mantienen bien atendidos, es cosa de ellas. Al fin y al cabo, son sus leales empleados. Y, por otra parte, comprendemos que el estado secular mire hacia otro lado, como si ésta fuera una partida compensatoria, aunque sólo mínimamente, del alto desembolso que hace con nuestro dinero a la religión católica, camuflada bajo la apariencia de haber dejado de ser la religión oficial del estado, y para la cual, en medio de recortes en educación, investigación vivienda y sanidad, se mantienen asignaciones astronómicas frecuentemente maquilladas bajo partidas presupuestarias fantasmagóricas.

Es una situación en la que no cuesta mucho trabajo detectar que se trata de algo parecido a lo que ocurre con los llamados “*centros cristianos de rehabilitación de toxicómanos y marginados*”, donde se produce una economía sumergida de primerísima línea, con grandes contingentes de hombres y mujeres que trabajan absolutamente fuera de la ley, sin amparo de la seguridad social, sin pagar impuestos de ninguna clase, sin poder aportar nada para una futura jubilación, mientras el estado mira en otra dirección, agradecido de que le hayan quitado de las calles a muchos delincuentes potenciales. Los dirigentes de estos centros descubrieron el pastel que esto representaba y lo están devorando a grandes bocados. Esperamos que alguien proceda a investigar cuáles son sus propiedades y a nombre de quiénes están registradas.

Mientras tanto, los “*señores*” de estos aparentes *falansterios* residen en auténticos “*bunkers*” blindados, “*torres de marfil*” con servicio doméstico gratuito, recorren cielo y tierra alojándose en buenos hoteles, son conocidos en muchos restaurantes lujosos y llevan en sus carteras una amplia colección de tarjetas doradas. Los hemos conocido y conocemos por nombre y apellido.

Pero volviendo al tema de los “*misioneros*”, a nosotros lo que nos entristece es el pésimo testimonio de estos “*agentes*” por su distanciamiento de la vida nacional, de las verdaderas inquietudes del pueblo evangélico español; por su despreocupación respecto a quiénes está llegando su mensaje evangélico, si es que podemos calificarlo así; sus

casi inexistentes resultados prácticos y el escándalo que su vida representa para muchas almas sencillas.

Ahora bien, para empeorar las cosas un poco más, asistimos en nuestros días más recientes a la llegada de otro tipo de “misionero” a quien no se nos había ocurrido esperar. Son un gran contingente de latinoamericanos camuflados espiritualmente que afirman haber venido para “salvar a España” y para traernos un “avivamiento espiritual” como nunca jamás lo hemos experimentado. ¡Qué bueno que todos quieran salvar a España! Claro está que a quienes hemos vivido muchos años bajo la dictadura de uno que también quiso salvarla a base de organizar una guerra civil y firmar sentencias de muerte casi hasta el día de su fallecimiento, esto de “salvar a España”, sinceramente, nos asusta bastante.

Desconocen lo que hicieron hace tantos años aquellos verdaderos misioneros que sentaron las bases para el desarrollo de una iglesia evangélica en España, no sólo preocupada por celebrar cultos dominicales con altos niveles sonoros, conciertos, eventos y espectáculos, sino que levantaron colegios –entre los cuales estuvo el primero con coeducación en España, así como en contar con un telescopio, un microscopio y un jardín botánico- hospitales, centros de vacaciones para quienes no podían soñar en disfrutarlas, librerías e instituciones de formación teológica.

Estos nuevos “misioneros” afirman que la “dura tierra española” está en la mirada de todos los ministerios evangélicos –ellos suelen decir ‘evangelísticos’, por su ignorancia de la lengua española y desprecio a lo nacional- que envían a sus agentes a España para recaudar fondos con los que autoenviarse y autosostenerse. Para alcanzar sus metas no les importa nada violar las leyes, dividir iglesias y todo cuanto sea menester.

La mayoría de las veces mienten diciendo que han sido enviados por alguna organización misionera o macroiglesia presidida por algún personaje al estilo de los tele-evangelistas autonombrados pastores, reverendos, obispos, profetas, apóstoles, querubines o serafines. Sin embargo, el número de los que han venido a España por los mismos motivos que sus congéneres, es decir, por evadirse de las carencias económicas de sus países de origen o lograr mejores posibilidades laborales y prosperar socialmente, es altísimo. Esa motivación no es criticable. Es absolutamente humana y natural. Lo repugnante es mentir poniendo a Dios en medio de sus decisiones y motivaciones.

También abundan los casos de “misioneros” que dicen haber sido enviados por el Señor a España, cuando la realidad es que han salido huyendo de algún notorio fracaso ministerial, un cansancio profundo, o estar quemados, cuando no de un escándalo mayúsculo detrás del cual están los “fondos” o las “faldas”, o ambas cosas.

En nuestra propia experiencia personal recordamos a aquel “misionero” enviado a España para iniciar una obra de rehabilitación de toxicómanos y marginados auspiciada por un gran movimiento internacional dedicado a esta honrosa labor, a quien dimos todo nuestro respaldo y apoyo, así como a su familia. Después de comprobar varias “irregularidades” en su comportamiento y economía, que por decoro no vamos a pormenorizar, al contactar con el ministerio en el que se suponía que había estado sirviendo antes de venir a nuestro país, se nos informó que la realidad era que había tenido que salir del mismo y poner tierra por medio para evitar un escándalo que después saldría a la luz, como siempre suele ocurrir. La casa matriz no había encontrado

otro lugar para enviar a este “paquete” que a nuestro solar hispano, donde parece que está bastante arraigado el “vale todo”. Ese es el cariño y la estima que sienten por nosotros. Recuerdo los muchos dolores de cabeza que me costó aquella “aventura”.

Hemos conocido a más de uno que después de habernos estado dando lecciones de ética y moralidad ha resultado no estar ni siquiera legalmente casado o estar conviviendo con una señora mientras su esposa y familia permanecían en su país de origen, incluso en el más flagrante abandono. Semejantes niveles de desvergüenza no hemos conocido entre quienes no pretenden ser cristianos.

Hablando con algunos de estos “misioneros”, la mayoría sin credenciales -falsificadas o caducadas- sin siquiera una carta de presentación de parte de alguna denominación, concilio o seminario, y al invitarles a reflexionar cómo era que habían optado por venir a España cuando en su país de origen se daban los índices más altos de corrupción, comenzando por sus gobernantes, así como de criminalidad y pobreza, lo que sin duda significaba que no faltaban oportunidades para predicar el Evangelio y mostrar el amor de Jesucristo, hemos podido comprobar por sus reacciones que sus razones por venir a la “madre patria”, es decir, España, o al “padre patrio”, es decir, los Estados Unidos de América, se debían a la flacidez y escasez de leche y lana de las ovejas latinoamericanas frente a la grosura de las europeas y sus de momento poderosos euros o las “ovejas gringas” con sus dólares.

Si verdaderamente amaran a sus países y a sus gentes, no huirían mientras éstos se hundían en la miseria so pretexto de venir a España para salvar a los endurecidos españoles. Tampoco se dedicarían a hablar mal de la iglesia católica mientras mendigan para su sostén en los numerosos centros católicos de asistencia social. Contemplar tanto juego a dos barajas llega a resultar repugnante.

Igualmente hemos podido constatar que los que han logrado éxito en sus campañas, aquí y allá, terminan siempre por fundar un ministerio propio e instalarse en los Estados Unidos, como si fueran nuestros cantantes famosos o las estrellas del tenis, que terminan con instalarse en Miami para evitar el pago de los impuestos en esa España que tanto dicen amar, alegando siempre, en el caso de los “líderes evangélicos” que fue Dios quien se lo mostró. Recuerdo a uno que tartamudeaba un poco, y cuando me dijo que el Señor le había mostrado establecer la base de su ministerio en “Al...Al...Al..”, y apresurarme yo a decir “Albacete”, el “pájaro” en cuestión reaccionó rápidamente para decir “Alabama”.

Primero llegan como turistas, con lo cual ya aterrizan mintiendo, pero eso no importa, por cuanto en su práctica demuestran estar conformes con que “la causa justifica los medios”. Durante los tres primeros meses que pueden residir legalmente en el país, se dedican a recorrer las iglesias evangélicas buscando la manera de hallar una fórmula que les permita justificar su estancia en España. Algunos procurarán desplazar a los pastores, otros intentarán sumarse al equipo pastoral de las iglesias, y cuando todo falle procederán a dividir las enseñando que ellos son los que poseen la verdadera “unción” o la visión dada por Dios, y que a la iglesia le faltaba semejante unción por estar bajo dirección equivocada hasta que ellos llegaron.

Cuando se da el caso, y esto rara vez ocurre, de poseer fondos suficientes, procurarán seguir el ejemplo de los “gringos” y comprarán a algún pastor nacional en situación de

“*paro*” o anhelante de mejorar en fama, y arrastrarán tras ellos a todos los dispuestos a entrar en ese circuito que algunos llevamos tiempo denominando “*burbuja*” y “*carnaval*” evangélico. Por cierto, este es el único carnaval que dura todo el año y da signos de pretender perpetuarse, claro está, mientras lo consintamos.

Mientras tanto, el cacareado avivamiento no se producirá, por cuanto el verdadero será, como siempre ha acontecido anteriormente en el curso de la historia, por obra y gracia exclusiva del Santo Espíritu de Dios, y no por la *manipulación*, ni el *marketing* ni la *importación* de “*métodos infalibles*” y libros millonarios en ventas para que la Iglesia descubra su propósito, porque respecto al “*propósito*” del autor y sus editores, no nos cabe la menor duda de cuál es.

Las nuevas iglesias evangélicas, todas con nombres largos y rimbombantes, se estructuran como auténticos guetos sectarios para agrupar a quienes llegaron pero no quieren integrarse en la sociedad española, a veces por no saber cómo hacerlo habiendo quedado aislados en las garras de sus “*misioneros*” patrocinadores y al mismo tiempo explotadores, frecuentemente encumbrados en sus “*cortes*” eclesiásticas, con pretensiones de ser los “*ungidos*” que Dios usará en el gran avivamiento venidero, el que nunca ha podido producirse por cuanto ellos no habían llegado todavía con la unción en el equipaje para repartirla a discreción.

Por supuesto, nada más lejos de sus intenciones el integrarse en la corriente principal de la sociedad española, y mucho menos en las iglesias evangélicas nacionales, a las cuales desprecian y califican de ser tibias y muertas, haciendo creer a los incautos que con ellos llegará el avivamiento esperado, el derramamiento del Espíritu Santo como nunca antes y la conversión a Cristo Jesús de toda España.

Algunos esperarán ese derramamiento pescando salmones en Noruega, lo cual, según ellos, parece ser bastante relajante. Esto también es constatable. Y entre sus patrocinadores no faltarán pobres viudas pensionistas de cuatrocientos euros mensuales.

¿Compartir su ministerio con un trabajo secular? ¡Qué cosas tienes, Joaquín! ¡Eso no se puede ni nombrar! ¡El Señor les ha llamado a “*servir*” a pleno tiempo!

UN “DIOS” AMERICANO

“El hombre no puede inventar sus principios, sino solamente descubrirlos.”

Thomas Paine.

(1737-1809)

Referirnos a un “dios” americano puede sonarnos a blasfemia –para evitarlo lo escribimos con “d” minúscula- pero, sinceramente, estoy convencido de que no lo es en cuanto a definición por nuestra parte, si bien, por la de sus creadores, gestores, difusores y quienes viven de “él”, nos inclinamos a pensar que lo es en grado sumo.

Se trata de una realidad constatable para todo aquel que quiera tomarse las cosas un poco en serio y se atreva a meter el diente en este tema, cosa poco frecuente entre quienes nos definimos como “creyentes evangélicos” en este país, en parte a causa de la superficialidad tan generalizada en nuestros días, pero especialmente por temer hacer daño a quienes todavía son bastantes inmaduros en el camino de la fe.

Al menos ese es el argumento que los defensores o tolerantes del “sistema” esgrimen ante nosotros cuando nos ven hacer algún intento por analizar la cuestión, amenazándonos siempre del peligro de caer en la crítica, olvidando que el verbo castellano “criticar” no sólo significa murmurar de alguien a sus espaldas, sino que en nuestra lengua también es sinónimo de “analizar”, que es lo que nosotros pretendemos hacer.

Ante esto sólo podemos decir que nos inclinamos a pensar que ese inmadurez permanecerá por siempre mientras no nos atrevamos a hacer nuestra propia autocrítica y analizar las cosas con seriedad y rigor, sin acritud ni intenciones de revanchismo, de lo que, como era de esperar, también proceden a acusarnos inmediatamente.

Del mismo modo que la versión católica romana del “*cristianismo*” es una religión sincretista de muchos siglos y corrientes, que usa el nombre glorioso de Jesucristo, pero poco tiene que ver con su persona y menos con sus enseñanzas y su praxis, sino que se trata de una desviación del cristianismo original transformada en una versión impregnada de filosofía platónica, del romanismo imperial -del “*cesaropapismo histórico*” y su característica intolerancia inquisitorial- aunque el “*Santo Oficio de la Iquisición*” haya cambiado su nombre por el de “*Congregación para la Doctrina de la Fe*”, y que en su día presidiera el actual romano pontífice, por cuanto las raíces no pueden arrancarse fácilmente ni borrar la historia; igualmente en la versión protestante de ese mismo “*cristianismo*” se percibe la fuerza de la francmasonería, especialmente en su corriente anglosajona y norteamericana.

Tomemos como ejemplo el caso del Bautista del Sur James Holly, quien en el año 1992 solicitó de la Convención Bautista del Sur de los Estados Unidos que se realizara una investigación de la masonería, particularmente en vista del importante número de pastores, diáconos y miembros de las iglesias bautistas de esa Convención involucrados en el quehacer masónico.

La Convención Bautista del Sur aceptó aquella petición y en el mes de junio del año 1993 aprobó realizar un estudio meticuloso de la masonería por parte de teólogos y eruditos en diversos campos. El estudio duró aproximadamente un año y condujo a dictaminar que, aunque todo parecía afirmar que la masonería era en varios puntos soteriológicos incompatible con el cristianismo bíblico, la pertenencia a una logia masónica correspondía a la conciencia individual de cada persona, que, efectivamente, es uno de los principios históricos bautistas con su énfasis en el respeto a la libertad de conciencia del individuo.

Naturalmente, aquella conclusión significó un importante punto de inflexión por el que indirectamente se sancionaba positivamente la adscripción a la masonería por parte de cualquier miembro de una iglesia perteneciente a la Convención Bautista del Sur. De aquella manera se respaldaba la libertad de cualquier miembro de una iglesia perteneciente a esta Convención para participar en el quehacer masónico sin tener que rendir cuentas a nadie.

Esta posición por parte de la mayor denominación protestante de los Estados Unidos de América fue entendida por la propia masonería como algo históricamente muy positivo, como una revitalización de la misma nada menos que por la principal denominación protestante de Norteamérica, y una de las mayores del mundo. Esto sorprendió sobremanera a muchos, comprendidos muchos miembros de iglesias de la Convención Bautista del Sur, por cuanto es constatable que en el curso de la historia han sido muchísimas las confesiones cristianas que han condenado a la masonería, comprendida la *Iglesia Católica Romana*, la *Iglesia Metodista de Inglaterra*, la *Iglesia Wesleyana*, la *Iglesia del Nazareno*, la *Iglesia Ortodoxa Rusa*, la *Iglesia de Inglaterra*, las *Asambleas de Dios*, la *Iglesia Presbiteriana Reformada*, la *Iglesia Evangélica Menonita*, la *Iglesia de Escocia*, la *Iglesia Libre de Escocia*, la *Asociación de Iglesias Bautistas Regulares*,

la *Iglesia de Hermanos de la Gracia*, las *Iglesias Fundamentalistas Independientes de América*, el *Sínodo Evangélico Luterano*, la *Unión Bautista de Escocia*, la *Iglesia Luterana-Sínodo de Missouri*, la *Iglesia Luterana-Sínodo de Wisconsin*, y la *Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos*.

El resultado es que, considerando que la adscripción a una logia masónica es asunto de la conciencia individual de las personas, desde aquel momento quedaba sancionada positivamente la pertenencia de cualquier miembro de una iglesia perteneciente a la Convención Bautista del Sur a la masonería. La incompatibilidad entre la pertenencia a una iglesia bautista y la participación en una logia masónica quedaba oscurecida bajo la nube de ambigüedad característica de la eclesiología bautista, dentro de sus muchos pozos de libre arbitrio y carencia de autoridad definida.

Las enseñanzas de *D.L. Moody*, *Jonathan Blanchard*, *Charles Blanchard*, *Alva McClain*, *Walter Martin* y *Charles Finney*, entre otros, respecto a la incompatibilidad entre la fe cristiana evangélica y la pertenencia a la masonería, quedaban oscurecidas y pasaban a los anaqueles de la historia olvidada por los cristianos de las generaciones más recientes.

Pero no pensemos que la americanización de “dios” sea un nuevo fenómeno. Sus raíces son bastante profundas dentro del evangelicalismo norteamericano. Quizá sea en el teólogo y predicador *Jonathan Edwards* (1703-1758) en quien podamos hallar más evidentes rasgos de la americanización de “dios” y el sutil concepto de que los estadounidenses eran el nuevo pueblo escogido de Dios para liderar el camino del mundo entero. El autoconcepto norteamericano de sentirse “*sheriff del mundo*” no es algo reciente, como algunos piensan.

Para ello se justificaba el apoderarse de las tierras que estaban en manos de pueblos atrasados e ignorantes, comenzando por los más cercanos, es decir, los territorios de los indios pieles rojas del Norte del Continente, y después las tierras de los pueblos del Centro y Sur de América, la población amerindia que jamás ha participado de su supuesta independencia del dominio español y portugués, en ese proceso que un profesor mío de sociología definía afirmando que “*el primer día de la independencia de las repúblicas hispano y luso americanas fue el fin del colonialismo y el primero de lo mismo.*”

No entendí del todo en aquellos momentos, mientras estudiaba antropología de las culturas, el significado de aquellas palabras de mi profesor, pero el tiempo y la relación con los hermanos de Latinoamérica se encargó de mostrarme el hondo sentido de aquella frase que representa mucho más que un mero juego de palabras.

Así han venido siendo conquistados los pueblos de América que no seguían al “dios” de los orígenes puritanos de los norteamericanos anglosajones, los “*wasps*”, es decir, los “*White Anglo-Saxon Protestants*”, “*Los Blancos Anglosajones Protestantes*”, a quienes nos hemos referido anteriormente.

Esa conquista fue al principio por la fuerza de las armas, y después mediante la belicosidad de las finanzas, en un proceso no tan distante del que estamos experimentado actualmente dentro del ámbito de la eurozona, donde la invasión del *IV Reich Alemán* acontece, no a través de la invasión dirigida por carros de combate al

estilo “hitleriano”, ni *cruces gamadas* ni, al menos de momento, amenazas de eliminación de alguna *raza execrable*, sino mediante el avance del *Deutsche Bank*.

Estamos viviendo la gran revancha germánica de sus derrotas en la Gran Guerra y en la Segunda Guerra Mundial, sin que apenas haya quienes se percaten de ello. Tampoco hay muchos que sean conscientes de la existencia de *centros de detención de extranjeros sin papeles*, un eufemismo para *campos de concentración* dentro de regiones o comunidades autonómicas de las supuestas democracias formales, que ciertamente no sociales.

Particularmente después de la Guerra Revolucionaria, es decir, la Guerra de Independencia de las Trece Colonias Británicas de Norteamérica, que daría lugar a su independencia del Reino Unido de Gran Bretaña y al nacimiento de los Estados Unidos de América como nación autónoma, el pensamiento más extendido fue el de que aquellos colonos criollos independizados de la corona británica eran el nuevo pueblo escogido por Dios. Su salida de debajo del imperialismo británico fue interpretado por muchos en semejanza a la liberación de las tribus hebreas de debajo de la garra opresora del imperio faraónico egipcio.

Había un destino manifiesto al que estaban abocados aquellos nuevos estados federados. El nuevo orden mundial sería un mundo a los pies de aquella nueva empresa masónica que con afán imperialista se extendía rápidamente. Con aquellos acontecimientos, y de forma muy sutil, comenzaba a fraguarse la idea de un “dios” que lenta pero progresivamente pasaría a ser el “dios” de la derecha conservadora, la misma que cambiaría el *republicanismo* de la nación emergente por un *presidencialismo* unido matriarcalmente por las relaciones entre las esposas de muchos de los presidentes norteamericanos en el curso de su breve historia.

Algunos historiadores se han referido a este nuevo fenómeno, que nosotros no consideramos como tan novedoso, por cuanto podemos verificar que se halla en el fondo de todos los expansionismos imperialistas que se han dado y se siguen dando en la historia del mundo, como el “*excepcionalismo americano*”.

Efectivamente, su posición era absolutamente excepcional, por cuanto la inmensa mayoría de los norteamericanos creían, y muchos continúan creyéndolo hasta el día de hoy, que ningún pueblo sobre la tierra llegaría jamás a alcanzar un sistema democrático y de libertades civiles que se aproximara siquiera al nivel por ellos alcanzado. En otros casos, el fundamento del orgullo imperial se ha fundado en sus conquistas territoriales, la sumisión de otros pueblos e imperios, pero siempre el fenómeno del “*excepcionalismo*” ha estado presente en todos los imperialismos, con la resultante organización de un sistema religioso con aspiraciones de universalidad. Ha cambiado la nomenclatura y los atributos exteriores de dicha maquinación, pero el objetivo se ha mantenido siempre y en todos los casos.

Por sus orígenes puritanos, sus raíces mercantilistas y el pragmatismo característico de la sociedad norteamericana, al mismo tiempo siempre admiradora y contemplativa de la cultura europea, como preventivo frente al barbarismo de otros lugares de América, sus pasiones, sus gustos, sus inclinaciones, su educación, el origen de sus universidades y demás centros de estudio, educación e investigación, estos han sido los elementos constituyentes de una religiosidad centrada en un “dios” a su imagen y semejanza.

No afirmamos esto, insistimos, por creer que se trate de un nuevo fenómeno, ni que se haya dado y se dé por tratarse de un pueblo diverso, aunque dominado por la cultura anglófona, sino que estamos convencidos que se trata de parte de la naturaleza humana alimentada por el sistema educativo auspiciado por las clases dominantes del imperio de turno.

La visión de Dios más extendida entre los norteamericanos, particularmente entre los norteamericanos protestantes en general, y en particular entre los protestantes evangélicos más instalados en el fundamentalismo no dialogante, ha sido y sigue siendo la de un “*dios americano*” impregnado del espíritu pionero de los padres de la nación. Ese es el “*dios*” americano. De ahí se desprende la inseparable vinculación de la religión del evangelicalismo norteamericano con el sistema de explotación capitalista bajo el eufemismo de “*libre comercio*”.

Comoquiera que “*Dios*” es americano en el esquema mental del fundamentalismo evangélico, su propósito ha de ser la difusión de la cristiandad norteamericana al resto del mundo. Sólo basta con echar una mirada al mapa de la extensión del evangelicalismo norteamericano para darnos cuenta de su obra obstaculizadora del increíble desarrollo de las iglesias difusoras de la “*teología de la liberación*” en Latinoamérica y África.

La idea de que Dios está a nuestro servicio para satisfacer nuestras necesidades al chasquido del dedo, especialmente cuando ese chasquido va acompañado de una ofrenda económica o la promesa de hacerla en el futuro próximo, se ha venido extendiendo hasta llegar a la vieja Europa. La prueba la hallamos hoy en la existencia de organizaciones de extraña procedencia que se han auto-rotulado con el epíteto de “*iglesias evangélicas*”, ya que bajo semejante designación podemos afirmar que actualmente cabe casi todo.

De forma paralela ha ido extendiéndose el milagrerismo de los *curanderos* pertenecientes al sector más fundamentalista-carismático, de más escasa formación teológica, que tanto daño han hecho y siguen haciendo hasta nuestros días. Por nuestra parte, creemos y confesamos que “*Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos*”. (Hebreos 13:8). Por consiguiente, creemos que nuestro Señor tiene poder y voluntad soberana para sanar a los enfermos cuando semejante cosa está en su propósito. Lo que nos negamos a aceptar es el “*show business*” montado sobre los enfermos en tantos círculos del evangelicalismo de inspiración americana que nada tiene que ver con el poder soberano de nuestro Señor y Salvador.

Esta versión del evangelicalismo norteamericano a semejanza del milagrerismo católico romano de Fátima y Lourdes, y todos los intentos por establecer algo semejante entre Portugal y Francia, es decir, en esta España *nuestra*, con su infraestructura económica de explotación del dolor y la miseria humana, nos repugna sobremanera.

Tristemente, y en especial a través de los medios sociales de comunicación, se sigue extendiendo una versión evangélica de rechazo del sufrimiento. Según esta corriente, el dolor no tiene lugar, no puede tenerlo, en la vida del cristiano verdadero. No puede aceptarse fácilmente que dentro del evangelicalismo norteamericano se den objetivos menores que los del “*sueño americano*”. El sufrimiento se muestra como algo que

viene siempre de parte del malo, de origen satánico, por lo que no puede concebirse que sea permisible a los ojos de Dios.

El mensaje es acrecentar la fe, enviar dinero a las organizaciones misioneras, contribuir aumentando los diezmos y las ofrendas, y a cambio recibiremos sanidad divina y prosperidad económica. Así se fomenta y propaga lo que hemos denominado desde hace muchos años la “*fe transaccional*”, es decir, doy para la “*obra de Dios*” para que el Señor me dé a mí más para mi “*obra*”. En estos círculos se oculta que nunca podremos dar a Dios nada que Él no nos haya dado primeramente. En la ignorancia de esta verdad radica la trampa.

Jesús pudo expulsar a los mercaderes y cambistas del templo de Jerusalem, pero el “*megaiglesianismo norteamericano*” no lo hecho de sus templos. El reino de la plutocracia, es decir, del capitalismo, ha absorbido a un gran sector del evangelicalismo norteamericano, donde se ha producido el olvido de que “*el salario del pecado es la muerte*”. Así puede comprenderse el terror mortal sobre los centros de poder, como es el caso del “*World Trade Center*”, donde se decidía, y se continúa decidiendo, pues sólo ha cambiado la dirección postal de dichos centros, sobre la vida o la muerte de millones de seres humanos en esta tierra.

La voz “*pecado*” nos ha llegado del vocablo indoeuropeo “*ped*”, cuyo significado es “*pie*”, y más próximamente del latín “*pecco*”, que es “*tropezar*” o “*cometer una falta*”. El término hebreo del Antiguo Testamento es “*jet*”, cuya raíz se halla en una voz tomada del tiro con arco que sencillamente significa “*no dar en la diana*”. Su equivalencia griega en el Nuevo Testamento es “*hamartia*”, cuyo significado es igualmente “*errar al blanco*”.

Naturalmente, el centro de la “*diana*” por parte de Dios es que vivamos de acuerdo con sus Mandamientos, Decretos y Ordenanzas. Pero, comoquiera que los “*dioses*” de la sociedad mercantilista representan los valores que determinan nuestro comportamiento, la compasión, la benignidad y la bondad han desaparecido del cuadro de dichos valores.

La grandes preguntas que hemos de hacernos todos nosotros –evidentemente, no sólo nuestros hermanos norteamericanos- es cuál es la relación existente entre el declive de nuestras sociedades occidentales, del ya decadente Imperio Anglo-Norteamericano, y de nuestra versión occidentalizada del cristianismo.

¿Hasta qué punto todo está relacionado con nuestra valoración del beneficio por encima de la estima de la persona humana?

¿Estamos honrando a Dios mientras se convierte la atención sanitaria en un bien no social, sino en un artículo de consumo que sólo está al alcance de quienes lo pueden pagar?

¿Es ese patrón estadounidense el que la “*derechona*” española está copiando a marchas aceleradas?

¿Cómo pueden estos “*misioneros*” del evangelismo norteamericano pretender hablarnos del amor de Dios mientras su imperio gasta millones y millones de dólares en sus invasiones ilegales en Afganistán e Irak, Yemen, Pakistán, el Cuerno de África y

Colombia, y ellos y sus organizaciones miran en otra dirección o aplauden tales empresas expansionistas como si fuesen signos de la bendición divina?

¿Cómo pueden esperar una respuesta positiva de parte de los pueblos que ellos mismos empiezan por no respetar matando a miles de personas inocentes y sacrificando a sus propios soldados para mantener los beneficios de las familias de la oligarquía?

Mark Noll, en su obra titulada “*America’s God*”, “*El Dios de América*” (*Oxford University Press, Octubre 2002*), manifiesta que las tendencias teológicas y culturales se vuelven fuerzas integradas, con una de ellas en el plano dominante en un determinado momento, y otra en otro momento, pero siempre formando una fuerza interrelacionada.

Según *Noll*, después de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, se produjo una síntesis realmente única entre la religión evangélica, el republicanismo político y la filosofía del sentido común, fuerzas que fraguaron la identidad norteamericana.

Lo verdaderamente sorprendente es la forma en que los evangélicos post-revolucionarios se apropiaron de la teología puritana tardía para emplearla a favor del republicanismo político. Semejante alianza sin precedentes produjo la americanización del evangelicalismo norteamericano en un maridaje de las entidades religiosas y nacionales, no al estilo del maridaje iglesia-estado de corte europeo, sino con unas características norteamericanas constantes.

Noll cita en esta obra la crítica de *Dietrich Bonhoeffer*, el pastor luterano que tuvo el valor de enfrentarse al nazismo a costa de su vida, según el cual la secularización norteamericana se deriva de la excesiva confianza por parte de las iglesias respecto a su capacidad de vincularse al mundo sin quedarle subordinadas. De manera que mientras que la confusión de las identidades eclesiástica y nacional es inconfundible, *Noll* se pregunta con *Bonhoeffer* si esta ha podido ser la única razón para que se haya producido semejante dinamismo evangélico, o bien existe una explicación más honda para el énfasis en la responsabilidad moral, más allá del republicanismo, hacia una tendencia reformadora de mucho mayor calado.

El resultado incuestionable es que ese es el “*dios*” norteamericano, y así ha de ser en todas las naciones de la tierra, si es que queremos recibir la bendición de Dios para nuestra vida. Quienes no vean las cosas de esta manera, serán tachados de “*radicales izquierdosos*”, “*comunistas disfrazados*” o “*liberales sumamente peligrosos para la causa de Jesucristo*”.

Sé de lo que hablo porque he sido objeto de semejantes “*piropos*” y otros parecidos por quienes están plenamente convencidos de que la causa del Señor está depositada sólo, única y exclusivamente en las manos de los fundamentalistas no dialogantes, y cuanto mayor sea la renuncia al uso de la cabeza con que Dios nos dotó, pues mucho mejor. ¡Viva la “*funda mental*”!

Aquí, en semejante caldo de cultivo, viciado y repugnante, es donde nace una versión del cristianismo “*vendido*” como “*personal*”, pero que realmente se trata de una perspectiva individualista de Dios, centrada en el decisionismo individualista, que nada tiene en común con lo “*personal*”, absolutamente distanciada de la versión europea

centrada en el sistema del sacramentalismo eclesiástico y las tradiciones de las diversas iglesias históricas. De ahí su sentido de “excepcional”.

De hecho, hasta el día de hoy nos podemos percatar de que la llamada “*experiencia personal*” llega a elevarse a una dignidad muy superior al estudio profundo y concienzudo de la teología. El resultado ha venido siendo el estudio independiente de la Sagrada Escritura por parte del creyente común. Ese acceso a la Biblia por parte de cualquiera, con o sin formación teológica, habitualmente sin ella, ha producido mil y una sectas, suavizadas bajo el eufemismo de “*denominaciones*”, en las que las Sagradas Escrituras se han convertido en un “*cajón de sastre*”; quizá mejor sería decir directamente “*desastre*”, en una sola palabra, donde cada uno ha sacado sus propias opiniones, conclusiones y líneas de pensamiento, y ha hecho como le ha parecido, generalmente despreciando y descalificando a los demás.

El resultado ha sido y sigue siendo un auténtico desastre resultante del proceso de “*atomización*” que infortunadamente caracteriza al protestantismo y sus “*hijas extramatrimoniales*”, fruto de su ruptura con la corriente principal del cristianismo imperial y el abuso del libre albedrío.

Cualquier observador medianamente serio se percata rápidamente de que la “*iglesia*” norteamericana responde al milímetro al pensamiento socio-político-económico de la nación, es decir, el mercantilismo capitalista. Su perfil responde perfectamente al de la sociedad norteamericana, por lo que muy pronto las iglesias del evangelicalismo estadounidense comenzaron a funcionar como empresas del llamado “*libre mercado*”, encaminadas todas ellas a la competitividad entre sí para obtener los mayores beneficios posibles, como si se tratara de compañías y corporaciones comerciales, algunas de ámbito local, otras de alcance nacional, y las más fuertes como empresas multinacionales dedicadas a la exportación y venta de sus propias y particulares versiones de religión organizada.

Su aspecto resultó y resulta verdaderamente grotesco al compararlas con el modelo evangélico de Jesús de Nazaret y de la iglesia apostólica naciente. Aquí también podemos decir aquello de “*cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia*”, pues, no en vano, se trata de una religión nueva que predica a un *dios falso* y se basa en una “*teología ficción*”.

Si en una ciudad había surgido una iglesia que se llenaba los domingos, lo lógico y natural era que se iniciara otra iglesia en la misma localidad con un nuevo epíteto, la cual ofreciera un “*menú*” de actividades más variado y atrayente que la anterior, para de ese modo captar a más gentes o para competir con la primeramente establecida.

De esa manera se ha venido configurando una iglesia norteamericana exportable como portadora de un “*evangelio*” basado en un “*dios*” hecho a imagen y semejanza de sus generadores y gestores empresariales. Pero no vayamos a pensar que fue necesario un gran esfuerzo para que las iglesias y denominaciones comenzaran a funcionar como empresas del mundo de los negocios, con sus inversiones y sus expectativas de réditos y beneficios, objetivos y desviaciones a volumen-control, sus convenciones con sabor a partido político o sindicato, y una pléyade de congresos, conferencias, comités, subcomités, departamentos y demás zarandajas para justificar los sueldos de los oficiales denominacionales, como oficinistas superpagados, al estilo de los políticos y

gerentes empresariales. Las cosas fluyeron de ese modo de la manera más natural, perfectamente adaptadas al contexto socio-cultural de la nación norteamericana.

Así se generó la forma americana del “dios” americano. Después, coincidiendo con algunas de las “olas” del pentecostalismo más radical, muy distanciado de sus propios orígenes, las iglesias y los ministerios independientes entrarían en la etapa del “show business” en el que siguen actuando en sus versiones especialmente diseñadas para los anglos y para los latinos, conocidos en los Estados Unidos como “hispanos”, subcultura norteamericana despreciada por los “anglos”, pero en constante crecimiento demográfico y enconado ascenso en la escala social.

Las nuevas olas neopentecostales, que, insistimos, poco tienen en común con aquellos primeros hermanos satirizados como “pentecostales”, genuinamente bautizados con el Espíritu Santo y expulsados por ello de sus iglesias históricas, realizaron una profunda penetración en la iglesia evangélica norteamericana en la década de los setenta, todo ello con el propósito de frenar el desarrollo de la “Teología de la Liberación”, como ya hemos citado, obstaculizando y desprestigiando la tendencia en favor de los empobrecidos y la acción política en los países poblados por el “pueblo crucificado”.

Hoy podemos comprobar que sus “agentes misioneros” sólo reparten folletos, sin involucrarse en absoluto en lo que los más llaman “obra social” y nosotros preferimos denominar “obra de misericordia y benevolencia”. Su fondo teológico “almista-espiritualista” les hace olvidar o menospreciar las necesidades inmediatas de los hombres.

Salvando las distancias, que efectivamente existen, la reacción del “establishment” socio-económico y religioso no fue tan distante de lo ocurrido en la España de mitad de la década de los 60 del pasado siglo, cuando el propio catolicismo romano, en estrecho maridaje con el ya entonces caduco régimen franquista, aplastó a los “curas obreros”, a los cristianos por el socialismo y a cuantos representaron una corriente de renovación en el religionismo español de claro tinte medieval, con su “caudillo por la gracia de Dios”, sus ternas de obispos propuestos al Vaticano y la dependencia de aprobación de éste para la implantación de la política social española.

Entonces fue cuando en el mundo anglosajón surgieron los “superpastores estrella”, exportados después a Latinoamérica, expertos en manipular los sentimientos de los más ingenuos que prestan oídos a sus prédicas y mediante la manipulación de los deseos y los miedos de las masas. Es en ese caldo de cultivo donde se gestan las iglesias como empresas familiares, a veces con forma tradicional de iglesia, y en otras ocasiones como centros de rehabilitación de toxicómanos y marginados, o ambas cosas a la vez con el fin de diversificar riesgos, y se organizan y explotan grandes contingentes de mano de obra no remunerada, se infringen todas las leyes habidas y por haber, especialmente en cuanto a seguridad e higiene, mientras el estado secular mira en otra dirección, satisfecho de que le hayan retirado de la calle a muchos delincuentes en potencia.

Así es como se “privatiza” la fe de los fieles incautos, especialmente de quienes viven en países con poco tejido social, o donde éste es prácticamente inexistente. Mientras tanto, estos falsos “apóstoles” se desenvuelven entre chabolas y miseria luciendo automóviles de alta gama y relojes “Rolex” de oro en sus muñecas, con billeteros repletos de tarjetas doradas de crédito.

De esa manera se gesta un sentimiento híbrido hacia estos “líderes”, mezcla de *amor-odio*, de parte de quienes a todas luces les envidian y desearían ocupar su lugar privilegiado. Es un círculo vicioso y nauseabundo del que hemos procurado mantenernos a salvo, aunque creemos que algo ha debido salpicarnos por cuanto nos cuesta doblar página.

Ante esta situación, un servidor recuerda haber manifestado en un determinado foro que “*si malo era tener un Papa, peor era tener muchos.*” Al hacer semejante declaración, algunos me malentendieron o quisieron hacerlo y creyeron que estaba abogando por el papismo romano y la vuelta a semejante sistema oscurantista-medieval. Nada más lejos de mi intención y propósito. Antes bien, lo que pretendía decir era que el evangelicalismo norteamericano y la réplica seguida por sus súbditos nacionales habían generado una serie de “*papas*” y “*papisas*” que gobernaban grandes *megaiglesias* y sus sucursales establecidas por otras tierras, sobre una estructura de “*franquicias*” en multitud de lugares del mundo, comprendida nuestra nación. Lo dije y lo mantengo hasta el día de hoy.

Nos preguntamos cómo algunos de estos “*agentes*” han logrado manipular tan fácilmente, y siguen haciéndolo, tantas mentes, colectivos y sociedades enteras enlatando la salvación y vendiendo el paraíso eterno como si se tratara de una propiedad parcelada. Nuestra respuesta es que la credulidad de muchas almas ofrece un amplio mercado a los vendedores de religión. De ahí esa sentencia que frecuentemente citamos y que vamos a repetir una vez más: “*Cada día que amanece, el número de tontos crece.*”

Los “*agentes*” misioneros seguirán distribuyendo sus folletos, algunos de los cuales han sido pésimamente traducidos al castellano, y que nada tienen en común con los históricos tratados evangélicos, y mientras tanto guardarán silencio ante los planes griegos, entre otros –los españoles ya están establecidos- de construir centros de detención para “*albergar*” a 30.000 inmigrantes “*ilegales*” en el año 2014.

El ministro griego de “*Orden Público*” –allí como aquí, “*el mayor de los desórdenes*”- *Michalis Chrysohoidis*, ha afirmado recientemente que se crearán treinta instalaciones bajo el nombre eufemístico oficial de “*centros de acogida cerrados*” a partir de instalaciones militares no utilizadas en virtud de un programa de doscientos cincuenta millones de euros financiados por la *Unión Europea*.

Esta es una de las consecuencias de haber entrado a formar parte de la unión económico-financiera hoy camuflada bajo la designación de *Unión Europea*, de tal manera que quien entre en ese país, que en gran parte ha olvidado la invasión nazi sufrida durante la Segunda Guerra Mundial, y lo haga carente de documentación legalizada, se le pedirá que regrese inmediatamente a su país de origen.

Ante estas medidas neonazis no se levanta la voz de ningún “*misionero*” del imperio. Y si nosotros lo hacemos, dirán que eso es “*hacer política*”, en lo que ellos no quieren participar, ocultando que en los Estados Unidos de América el evangelicalismo está metido en política hasta el cuello y más. Su actitud hacia los inmigrantes indocumentados donde se encuentra su casa matriz no es diferente a la política xenófoba y racista que está tomando cuerpo en Europa.

Los mismos “agentes” que no levantan su voz contra el maltrato de los inmigrantes en los Estados Unidos de América, los empobrecidos “wetbacks”, “culos húmedos” que cruzan el Río Grande, son quienes evidentemente tampoco levantan su voz ante estas atrocidades en la Vieja Europa, son los que aplauden la pena de muerte en la “América Libre”, y son quienes también aplaudieron el derrumbamiento del “Muro de Berlín”, pero les encanta que se erija un muro entre los Estados Unidos y Méjico. ¡Qué desvergüenza!

Algunos *anglizaron* sus apellidos, otros los han enmascarado, y otros, aunque los conservan, han olvidado sus orígenes. Este es un fenómeno que también forma parte de la naturaleza humana, y no es patrimonio exclusivo ni de los “anglos” con raíces ni de los “nuevos”. La naturaleza humana es la misma en todo lugar.

En el año 2011, el “Comité de las Naciones Unidas para la Eliminación de la Discriminación Racial”, tras analizar informes presentados por el gobierno español, por Amnistía Internacional, SOS Racismo, el Secretariado Gitano y la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR), instó al gobierno español a tomar medidas efectivas para erradicar la práctica de controles de identificación basados en perfiles étnicos y raciales, que, en la práctica se traducen en detenciones indiscriminadas de extranjeros al más “puro” estilo nazi.

La “Comisión Europea contra el Racismo y la Intolerancia” denunció en el año 2010 numerosas deficiencias en el trato que reciben los menores extranjeros no acompañados, comprendida la ausencia de representación legal independiente en todos los procedimientos de repatriación, la falta de información sobre el derecho a solicitar asilo y residencia en España, así como el uso de métodos obsoletos y poco fiables de determinación de la edad de los recluidos.

También fueron exhortadas las autoridades españolas a asegurar que la detención en los centros de internamiento se lleven a cabo en todos los casos en conformidad con la ley, y sin discriminación por motivos de “raza”, color de la piel, idioma, religión, nacionalidad y origen nacional o étnico.

Puede que algún día salga a la luz la realidad de la situación de los detenidos en estos centros de internamiento en general, y de los jóvenes en particular. Desde luego, lo que podemos tener seguro es que no serán medios evangélicos los que lo hagan, y mucho menos los “misioneros” que por su condición de extranjeros evitan siempre participar en aquellas cuestiones que consideran “políticas”.

Hemos presenciado escenas propias de la Alemania del cabo *Hitler* a la salida de muchas bocas de “metro” de Madrid, o cuando hemos tenido que ir en “rescate” de algún hermano inmigrante a uno de estos “centros de detención” o los aeropuertos donde estaban retenidos.

Sin embargo, nunca hemos visto a los “agentes” misioneros del evangelicalismo norteamericano levantar un dedo en defensa de esos miembros de la “diáspora latinoamericana” que ellos afirman haber venido a ganar para Cristo. Sólo les hemos visto organizar sus propias campañas privadas, recurriendo a miembros de iglesias españolas, para sacar fotos, muchas fotos. Eso no puede faltar.

Situaciones semejantes se están dando en Francia, con más de 35.500 extranjeros internados en centros de detención en el año 2009, comprendidos 318 niños, el 80% de los cuales eran menores de 10 años de edad. Cosas semejantes podríamos decir de Portugal e Italia. Pero estos “*agentes*” siempre están ausentes de esta problemática. Lo suyo es repartir el folletito y sacar la foto.

La noticia de hoy (3 de julio de 2012) es el recorte que pondrá fin al servicio de “*merienda*” en los centros penitenciarios españoles, así como a los “*menús*” especiales para los días de Navidad y Año Nuevo. Ni los “*agentes*” del evangelicalismo norteamericano ni los evangélicos españoles levantarán un dedo en contra de estos actos de la más miserable mezquindad.

Sólo nos manifestaremos cuando toquen alguno de nuestros derechos. Mientras no nos afecte, callaremos como tristemente ha ocurrido en otros tiempos recios. Con *folletos* y fotos lo tienen y lo tenemos todo cumplido y resuelto. ¡Qué fácil parece ser edulcorar y tranquilizar nuestras conciencias!

Tengamos en cuenta que el producto fabricado, exportado y puesto a la venta por los “*agentes*” de las multinacionales de la religión es de naturaleza intangible, por lo cual rara vez sufre mermas o pérdidas. Esto no es nada nuevo. Siempre ha sido de ese modo. Y el movimiento evangélico español ha sido enseñado por estos “*misioneros*” a actuar de esa manera.

Es más que evidente que resultará difícil encontrar un templo sin mercaderes. Son consustanciales. Ellos son quienes suelen levantarlos. Jesús de Nazaret también tuvo que enfrentarse con este fenómeno. Fue el núcleo central desde el que partió toda su persecución, acoso y derribo; y del mismo modo que trató a aquellos del templo de Jerusalem, como consta en el Evangelio, así también tratará nuestro bendito Señor a todos los demás mercaderes de todos los tiempos.

¿QUÉ VA A SUCEDER EN EL FUTURO?

“El gobierno, incluso en su mejor estado, no es sino un mal necesario; pero en su peor estado, es un mal intolerable.”

Thomas Paine.

(1737-1809)

No pretendemos caer en tremendismos catastrofistas, ni visiones apocalípticas cinematográficas, ni teología-ficción, que son tentaciones ante las que nos encontramos todos alguna vez, pero el futuro es muy oscuro y fácilmente previsible.

No es menester para ello ser profeta ni hijo de profeta, parafraseando el texto veterotestamentario. Las iglesias norteamericanas y las organizaciones paraeclesiales estadounidenses, con sus filiales de Latinoamérica, van a acrecentar su negocio de exportación religiosa produciendo cada día un mayor impacto en los círculos evangélicos españoles, como ya lo han hecho en otros lugares del mundo, y lo harán en aquellas tierras donde logren abrir mercado.

Vamos a ser más americanizados. ¿Qué dices, Joaquín? ¿Todavía más? Sí, me temo que sí. Vamos a ser aún más invadidos de lo que hemos venido siéndolo, que ya es decir. Vamos a ser gobernados por encima de nuestra cultura hasta sofocarnos, hacernos pensar con conceptos absolutamente foráneos, incluso a través de la contaminación del léxico y la morfosintaxis de nuestra lengua. Esto es así porque quienes nos invaden saben muy bien que todos los humanos pensamos con palabras, de ahí que la articulación del pensamiento y la riqueza léxica vayan de la mano.

El producto religioso exportado por las grandes organizaciones multinacionales, y distribuido por las denominaciones institucionales y ministerios para-eclésiásticos por

medio de diversas correas de transmisión, será una expresión norteamericana del cristianismo para Latinoamérica –ya lo es- que también se irá abriendo puertas, sin duda ya lo está haciendo a pasos acelerados, si bien con mayor dificultad en este Viejo Continente.

De ese modo se irá edificando lenta pero progresivamente un gigantesco entramado que pasará inadvertido a los más, pero que ya somos bastantes los que lo hemos podido vislumbrar y aterrorizarnos ante sus consecuencias oscurantistas: Uno de los más lamentables acontecimientos de la historia de la cristiandad está a punto de suceder con el advenimiento de la globalización del cristianismo evangélico americanizado.

La red nefasta del evangelicalismo estadounidense se cierne sobre la iglesia evangélica en España, al igual que en muchos otros lugares del planeta, a través de su pléyade de denominaciones, “misioneros” y entidades paraeclesiales, los predicadores y evangelistas itinerantes y su profunda incursión en los medios sociales de comunicación.

En este último caso, vemos en la actualidad cómo se extiende en dichos medios radio-televisivos el mismo fenómeno de la atomización, infortunada característica de nuestra heredada eclesiología protestante burguesa, tal y como se produce en las iglesias en nuestros días.

Los medios extranjeros no ha echado una mano al proyecto de nuestro viejo hermano Lisardo Cano y su red de *Radio Amistad*, algunas de cuyas emisoras ya han caído en manos de otras organizaciones. Están brotando estaciones de radio “cristianas” como si fueran champiñones. Ya están experimentando divisiones, fragmentaciones, y reproducen el sistema eclesial denominacional. Pero lo que parecen olvidar es que un día de estos llegará el “apagón analógico” y nos encontraremos ante el reto de establecer una emisora digital fuerte en la que no nos peleemos por pretender ser todos *cabecita de ratón* y no *cola de león*.

Todo este “ejército” de “agentes” trabajan, consciente o inconscientemente, a favor de la americanización del cristianismo evangélico. Sus redes se extienden por todo el mundo, abarcan todos los continentes, y eso nos comprende, lo sepamos o no, a ti y a mí, por mucho que pretendamos dirigir nuestra mirada en otra dirección más “*espiritualoide*”, que es tristemente lo más habitual entre nosotros.

Si hemos sido o somos medianamente observadores nos habremos percatado de que el cristianismo conservador norteamericano no dice una sola palabra respecto a las innumerables violaciones de los derechos humanos, por cuanto dicho conservadurismo está estructurado mentalmente para conjugar de forma perfecta, a veces haciendo auténticas piruetas exegéticas de las Sagradas Escrituras, los valores cristianos de naturaleza espiritual extraídos de la Biblia con los valores seculares del capitalismo de “*mercado libre*” inspirado en sus raíces en la teología del protestantismo calvinista.

Así es como se abre de par en par la puerta para el uso de la religión organizada, especialmente las versiones “*Evangélica*” y “*Pentecostal*”, como aliado de la explotación capitalista, comprendidas sus prácticas más desalmadas y sangrientamente rapaces. El mejor y más accesible ejemplo lo hallamos en el denominado “*Evangelio de la Prosperidad*”, en cuyo ámbito se prometen situaciones de abundancia económica e incluso riqueza a cambio de una determinada forma de adoración que comprende la

entrega de las más altas posibles sumas de dinero como ofrendas y la promesa comprometida de hacerlo dentro de un plazo determinado cuando no se pueden efectuar en ese mismo momento en que se realiza la petición, con harta frecuencia recurriendo a las más grotescas técnicas de extorsión psicológica.

En los Estados Unidos, dos de las grandes *megaiglesias* fundadas en la teología de la prosperidad son los “*Ministerios Lakewood*”, en la ciudad de Houston, Texas, bajo la dirección del pastor *Joel Osteen* y su esposa *Victoria*, y la “*World Changers Church*”, con base en la ciudad de Atlanta, Georgia, bajo el ministerio del matrimonio pastoral formado por *Crefio* y *Taffi Dollar*. ¿No es cierto que da la impresión que el apellido de este pastor no fuera mera casualidad?

Es un hecho histórico incuestionable que los cristianos conservadores norteamericanos, junto a sus aliados seculares en aquella nación referencial y en todo el mundo, han estado tradicionalmente activos e involucrados en la oposición y lucha contra los derechos humanos, es decir, contra toda defensa de la dignidad de los hombres más explotados y empobrecidos, cualesquiera sea su procedencia, cultura y religión, si bien sobre el papel han dado y siguen dando la impresión de ser los “*salvadores del mundo*” y los paladiones en la defensa de los más débiles y olvidados. Pero la cruda realidad es que todos cuantos han optado por la defensa de la dignidad de los pueblos explotados han sido tachados de “*comunistas disfrazados*”, especialmente cuando se ha cruzado la frontera del “*samaritanismo*”, es decir, de la ayuda puntual para satisfacer necesidades inmediatas, y han entrado en la explicación de las causas de la explotación y el empobrecimiento.

Mientras se ha procedido a “*repartir pescado*” a los hambrientos –preferente enlatado en el país de origen- no ha habido problemas, pero tan pronto se han explicado las razones del hambre y se ha enseñado a los hambrientos a “*pescar*”, ese ha sido el momento en que la praxis cristiana ha sido tildada de “*comunista*” por parte del “*nacional-evangelicalismo*”. Por eso creemos que los que piensan que sólo existe un “*nacional-catolicismo*”, están bastante errados. Como dice nuestro refrán castellano: “*En todas partes cuecen habas, y en mi casa a calderadas*”.

Por muchos esfuerzos que se realicen por borrar su turbio pasado, es constatable la presencia y participación de ciertos sectores del evangelicalismo norteamericano en posiciones muy próximas al nazismo, como fue el caso del pastor *Gerald B. Winrod*, dirigente del movimiento fundamentalista denominado “*Defenders of the Christian Faith*”, “*Defensores de la Fe Cristiana*”, quien reclutó a un importante contingente de seguidores en Kansas y denunció una supuesta –jamás probada- conspiración judía contra los Estados Unidos de América y el resto del mundo occidental cristiano, que según él abarcaba el largo período que media nada menos que entre la Crucifixión de nuestro Señor Jesucristo y la política del “*New Deal*”.

Del mismo modo, la panfletista *Elizabeth Dilling* denunció la existencia de una red “*roja*”, igualmente jamás demostrada, que socavaba toda la infraestructura de la vida norteamericana. Igualmente, *William Dudley Pelley* y sus “*silver shirts*”, “*camisas plateadas*” –¡qué fijación tienen todos los fascistas con la camisa!- quien emuló al *cabo Adolfo Hitler* propugnando que los ciudadanos judíos de los Estados Unidos fueran despojados de todos sus derechos.

Junto a estos grotescos personajes surgieron muchos otros agitadores, principalmente entre norteamericanos de origen alemán e italiano, fascinados por los locos *Adolfo Hitler* y *Benito Mussolini*, quienes siguieron una línea semejante y fueron apoyados por un contingente importante de miembros de la cristiandad evangélica más ortodoxa, adheridos a esta clase de movimientos de extrema derecha.

El protestantismo evangélico y el catolicismo conservador estuvieron presentes en estos partidos que afortunadamente no lograron alcanzar niveles altos en la política norteamericana. Después de haber procedido a borrar estos episodios vergonzosos nos cuesta trabajo hallar información al respecto, pero quien se lo propone puede encontrarla.

En el liderazgo de esa batalla se encuentra "*The Institute for Religion and Democracy*", "*El Instituto para la Religión y la Democracia*", principalmente dedicado a la destrucción de todas las fuerzas liberales dentro del Protestantismo norteamericano. Esta institución trabaja a niveles nacionales e internacionales mediante la búsqueda de colaboradores para actuar como sus agentes dentro de las denominaciones protestantes, todas ellas y en todo lugar del mundo, si bien su principal objetivo ha venido dirigiéndose en los últimos años contra la "*United Methodist Church*", "*La Iglesia Metodista Unida*", por su participación en asuntos de naturaleza social, al igual que contra todas las iglesias que han desobedecido al mandato de respetar el bloqueo norteamericano a Cuba y otras naciones.

Para muchos analistas de la sociología de la religión, este instituto, defensor de la pena de muerte y la cultura de la "*guerra justa*", es el principal causante de las hondas divisiones producidas en la *Comunión Anglicana* en los Estados Unidos, conocida como *Iglesia Protestante Episcopal*, principalmente a causa de la presencia en ella de homosexuales. Muchos también se inclinan a pensar que esto mismo ha acontecido en el seno de la Convención Bautista del Sur de los Estados Unidos, y ha sido una de las causas de las divisiones que se han producido en esta denominación en los últimos años.

Infortunadamente, la larga tradición de las misiones internacionales por parte de la iglesia evangélica norteamericana conservadora se ha visto enturbiada en los últimos años por no sólo dedicarse a la conversión de personas al Evangelio, sino por incluir una labor política relacionada con los objetivos de la derecha, principalmente del *Partido Republicano*, y los intereses de la oligarquía de esa nación.

Estamos literalmente bajo la llamada "*derecha cristiana norteamericana*", fuerza que partiendo de los Estados Unidos se extiende por todo el mundo a través de los "*misioneros*" que exportan el tradicionalismo evangélico anglosajón y la cultura de la "*guerra justa*".

Al mismo tiempo, por nuestra parte no pretendemos caer en el simplismo de creer y hacer creer que todos los norteamericanos y todos los misioneros de esa nacionalidad sean "*agentes*" de una cultura imperante cuyo objetivo primordial sea copar todo el espectro cristiano. Primeramente porque no todos responden a ese perfil, y en segundo lugar porque tampoco los que responden son conscientes de lo que venimos aquí diciendo. Estamos absolutamente convencidos de que muchos de ellos son sus primeras víctimas. Esto es algo que suele ocurrir.

Tengamos muy presente que aunque la derecha conservadora ha estado siempre activa, a la luz o desde la sombra, en el evangelicalismo norteamericano ha sido a partir de la década de los sesenta del siglo pasado cuando dicha presencia ha aumentado sobremanera su poder fáctico en la esfera política de los Estados Unidos, especialmente, claro está, en el ámbito de influencia del *Partido Republicano*.

En esa misma medida, la línea divisoria entre la iglesia y la política ha desaparecido prácticamente en el medio norteamericano, y lo ha hecho por medio de los derechos reproductivos, los derechos de los homosexuales, la escuela-hogar, el matrimonio y el divorcio. De manera que, aunque “*The wall of separation between church and state*”, “*La pared de separación entre la iglesia y el estado*”, sigue siendo formalmente parte de la política de los Estados Unidos, desde que el presidente Thomas Jefferson recibiera aquella histórica carta de la *Asociación de Iglesias Bautistas de Danbury*, por la que le pedían al presidente que la religión en los Estados Unidos se mantuviera separada de los poderes estatales, lo que quedaría reflejado en la *Primera Enmienda de la Constitución*, el tiempo ha venido demostrando que mediante todas las maniobras imaginables la derecha conservadora norteamericana ha logrado infiltrarse y copar la política de las denominaciones fundamentalistas de la nación y sus misiones foráneas.

Bajo un lenguaje más o menos eufemístico, la derecha cristiana norteamericana ha invocado el apoyo de sus posiciones ideológicas respecto a la economía, los papeles de la mujer y del varón en la familia, en la iglesia y en la sociedad, y la solidaridad racial de los blancos. Una gran parte de la substancia ideológica de la derecha norteamericana es perfectamente compatible con la ideología del evangelicalismo conservador, y muy especialmente del evangelicalismo pentecostal de las nuevas olas, actuando como terreno común para exportar sus paquetes ideológicos a los cristianos evangélicos conservadores de todo el mundo a través de su red de “*misioneros*” y literatura a la sazón.

En los últimos tiempos hemos visto realizar esta “*exportación*” a un buen número de pastores de las *megaiglesias* norteamericanas, como *Rick Warren*, *Scott Lively*, *Joel Osteen* y *Creflo Dollar*, quienes se han dirigido al Continente Africano, tierra virgen para la implantación de sus versiones de cristianismo y de sus intereses inconfesables.

Tengamos presente que desde el final del colonialismo, la cristiandad evangélica ha crecido exponencialmente en el África Subsahariana. De los treinta millones de protestantes en África en el año 1945, se ha alcanzado la cifra de 411 millones en el año 2005. No dispongo de estadística más reciente. Por el contrario, el catolicismo romano ha crecido en ese mismo período solamente un uno por ciento, concretamente de un 13 a un 14 por ciento.

Resulta muy difícil calcular el montante de dinero empleado por los cristianos evangélicos norteamericanos y las organizaciones de la derecha cristiana fuera de los Estados Unidos. Lo que sí es constatable es el hecho de que en la década de los 80 del pasado siglo, el “*Instituto para la Religión y la Democracia*” acusó a las misiones de las denominaciones protestantes tradicionales de ser simpatizantes de los grupos guerrilleros supuestamente marxistas. Es evidente que el objetivo apoyado por la derecha cristiana norteamericana ha de ser “*evangelizar*” sin explicar los orígenes de la explotación y miseria de los pueblos de África.

Curiosamente, en mis años de vida cristiana, ya más de 43, no he conocido a un solo misionero enemigo declarado y confeso del “*marxismo*” que hubiera leído una sola obra del filósofo Karl Marx, sino tan sólo algún párrafo o sentencia aislada e incontextual citada por alguno de sus mentores y patrocinadores. Por supuesto, ni que siquiera por aproximación se hubiera tomado la molestia de estudiar la teología del mejicano *José Porfirio Miranda* y sus investigaciones sobre la influencia de la Biblia y del Talmud en el pensamiento de Karl Marx, que, por cierto, tampoco tiene absolutamente nada que ver con el superado régimen dictatorial y sangriento del imperio comunista soviético. En este último caso, como siempre ha venido ocurriendo, el mal llamado “*comunismo*”, lo que hecho ha sido tratar de buscar unos fundamentos a guisa de “*ropaje*” con los que revestir o proveer de justificación a su sistema, al igual que lo han hecho todos los sistemas políticos de cualesquiera origen, siendo, paradójicamente, los primeros en actuar de la manera más contraria a su propia filosofía ideológica.

Todo estudiante serio podrá constatar lo que aquí afirmamos. No han pasado todavía muchos años desde aquellos tiempos en que la dictadura fascista bajo la que vivíamos propugnaba la vinculación del régimen con los albores de la propia nación española refiriéndose a Isabel y Fernando, los conocidos como “*Reyes Católicos*”, recurriendo a lemas y simbología emparentada con ellos. Es una vieja técnica empleada por la superestructura para hacer creer a los más que sus regímenes patrocinados se hallan entroncados con la historia y con las raíces patrias.

Si el *religionismo del cristianismo organizado* ha traicionado vilmente a Jesús de Nazaret, y estamos absolutamente convencidos de que así ha sido, lo propio puede afirmarse sobre al pensamiento de *Karl Marx* respecto al “*zarismo soviético*”. Aquí habrá que aceptar mi palabra o ponerse a estudiar. No hay otra salida.

Si alguna vez hemos pensado en ver la posibilidad de una iglesia orgánica e indígena en nuestra tierra, como fue mi caso personal cuando iniciamos la andadura de “*Eben-Ezer*” en la Villa de Vallecas, hastiado de americanismo anglosajón de influencia masónica, ya podemos irnos despidiendo de semejante idea. Con honda tristeza en mi corazón – reconozco mi pesimismo en este aspecto- me inclino a pensar que muy posiblemente el proyecto va a durar el tiempo que duremos nosotros, ni más ni menos.

Sin embargo, tales perspectivas no son óbice ni impedimento, como decimos los castizos, ni cortapisa ni valladar, para que sigamos adelante con el proyecto que Dios nos encargó en su día, por cuanto “*no debemos tirar al ‘bebé con el agua del baño*”, como reza el refrán inglés. La visión que nuestro Señor nos dio en su momento fue ser una iglesia dedicada a la labor y empeño de levantar una obra española sin concesiones a nadie que no sea nuestro Señor y Salvador Jesucristo, “*una iglesia pobre, pero rica en misericordia*”. Así nos hemos propuesto proseguir. Los que nos sigan, si el Señor no ha venido antes, tendrán que apenar con su propia responsabilidad.

Las denominaciones aparentemente “*españolas*” no saben vivir sin sus viejos patrocinadores directos o indirectos, por eso cada cierto tiempo recurren a proyectos de “*hermanamiento*” con alguna convención de la otra orilla del Atlántico. No saben vivir solas. Sus antiguos patronos tampoco quieren dejarlas demasiado sueltas, por si caen en posturas díscolas, como la mía. Temen perder su identidad, pero realmente se trata de una absoluta falta de la misma, por cuanto casi la totalidad de su esencia es de origen

foráneo. Nadie puede perder lo que no tiene, y, por el mismo patrón, nadie puede dar nada más que lo que posee. Naturalmente, semejantes “hermanamientos” siempre se producen con convenciones, en el caso de los bautistas, con convenciones de los Estados Unidos de América. No tengo noticias de hermanamientos con los cristianos de ninguna nación deprimida o amenazada. Pero nadie piense que no hay cristianos en Siria, por ejemplo, o en Irak e Irán. Los hay, sólo que no interesan. La aproximación es a quienes tienen platos de lentejas para repartir.

La globalización del cristianismo en su versión norteamericana traerá consigo la persecución de todas las demás expresiones cristianas. Siento contradecir a tantos queridos hermanos evangélicos engañados al hacerles pensar que la “marca de la bestia” será de otra procedencia. Recuerdo cuando, mientras existía el imperio soviético, se nos hacía creer que la bestia y su marca, con todas las demás desdichas apocalípticas, procedería de los regímenes comunistas de las naciones de detrás del “Telón de Acero”. Éstos pasaron, como todos sabemos, aunque ahí continúa estando China, de la que pocos hablan, y ahora hay que inventar otra procedencia para justificar la teología ficción que tanto vende y tan fácilmente arrastra a las almas cándidas más proclives a caer en ella. Sólo así se pueden “justificar” invasiones y guerras y quedar aparentemente *limpios* ante amplios sectores de la opinión pública.

Los recientes acontecimientos terroristas han venido como anillo al dedo para encontrar a ese nuevo enemigo y utilizarlo como una fantasmagórica cortina de humo para que no pensemos en el imperio petrolero norteamericano y sus oscuras maniobras bajo los necrófilos hombres de paja de la política oficial y aparente. Nadie, o muy pocos, piensan que el “enemigo” puede no estar afuera, sino entre quienes usan el nombre de Jesucristo para justificar los hechos más injustificables.

La cristiandad perseguida será la que no lleve la marca de la bestia, es decir, del signo del “cristianismo” de factura “imperial”. Todas las demás expresiones de la fe cristiana y de la iglesia orgánica e indígena serán primeramente despreciadas, objeto de burla y rechazo, tachadas de ser sectas y grupúsculos sin incidencia, para después ser perseguidas y estigmatizadas como heréticas, sectarias y enemigas de la verdadera iglesia de Jesucristo, que según ellos será el modelo universal del cristianismo norteamericano.

La tormenta de persecución no vendrá sólo desde afuera, sino que se originará desde dentro de las propias filas del cristianismo nominal, cuyos dirigentes no tolerarán la existencia de comunidades auténticamente vitalizadas por el Santo Espíritu de Dios, por cuanto verán en ellas el peligro de que las prácticas prefabricadas de su cristianismo se hagan manifiestas a todos. Nunca olvidemos que es el Santo Consolador quien hace que todas las máscaras y caretas caigan estrepitosamente al suelo y se conviertan en polvo fino hasta dejar de ser completamente.

Tengamos muy presente que al cristianismo de factura y exportación desde la metrópolis del imperio, al de turno como al de siempre –como dice el refrán castellano: “los mismos perros con distintos collares”- no le molestarán nunca las iglesias constituidas por filas de bancos o sillas perfectamente alineadas en disposición teatral, en las que se sienten los feligreses viéndose el cogote los unos a los otros, excepto los de la primera fila, claro está, con un ambón presidiendo al frente –en este caso como casi siempre, la voz empleada, el “pulpito”, también es transliteración literal del inglés,

por cuanto un “*ambón*” es un atril portátil, mientras que un “*púlpito*”, según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, es “*una plataforma elevada, con antepecho y tornavoz, que se emplea para predicar, leer el evangelio, cantar la epístola y hacer otros ejercicios religiosos*”- a lo cual añadiremos un sermón interminable, frecuentemente pronunciado por un “*agente*” en castellano macarrónico o con marcado acento extranjero, muy habitualmente incontextual y ahistórico, y cuando se trate de un predicador nativo será un discurso cargado de errores de léxico y morfosintaxis, pronunciado por un *españolito* sin apenas cultura, “*formado*” en algún seminario de foránea procedencia, con toda clase de vicios lingüísticos, idiotismos, anglicismos y demás desviaciones de nuestra rica lengua castellana.

A esto hemos de añadir, naturalmente, unos “*laicos*” sin funcionalidad, de quienes se espera asistan, canten, palmoteen con mayor o menor intensidad, en función de la tradición litúrgica imperante, se comprometan a diezmar y ofrendar y callar para siempre, mientras unos “*actores*” más elocuentes se desenvuelven por el estrado o plataforma, que otrora fuera el “*presbiterio*” ocupado por los ancianos de la comunidad, hoy escenario del grupo de alabanza y los músicos, todo ello con marcado estilo discotequero.

Si estamos pensando en que se producirá una vuelta al oscurantismo, como en los tiempos recios del pasado, cuando sólo se podía dar una versión del cristianismo, bajo el poder despótico del “*cesaropapismo*”, creemos que estamos en lo correcto. Estamos seguros de que los acontecimientos anteriores a la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo en gran poder y gloria, serán muy semejantes a los que acontecieron en los albores de la cristiandad. Al fin y al cabo, la historia no es sino una secuencia de ciclos recurrentes que inexorablemente se repiten y nos alcanzan, aunque cambien los personajes y las circunstancias reinantes, por cuanto no puede haber cambios profundos mientras el corazón del hombre no sea transformado. La obra de reforma es siempre creación de los hombres, por muy bienintencionada que sea. Al fin y al cabo, “*reformular*” es volver a “*formar*”, mientras que la obra del Santo Consolador es transformadora, y su Autor es el Santo Espíritu de Dios nuestro Señor. Esa es la notable diferencia, más que evidente, pero que paradójicamente pasa inadvertida a la mayoría.

Nuestra esperanza bienaventurada es la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, a muchos millones de años-luz respecto a cualquier otra forma de esperanza, pero hasta el Gran Día de Dios viviremos esperanzados en el levantamiento de hombres y mujeres que estén dispuestos a pagar el precio de emprender la vuelta a los orígenes, al centralismo de Jesucristo, a la fidelidad a las Sagradas Escrituras – hablando donde ellas hablan y callando donde ellas callan- al modelo de iglesia del Nuevo Testamento como sólido baluarte frente a la incursión progresiva y sutil de la *máquina de guerra imperialista* que sigue el patrón adaptado de la conquista constantiniana del cristianismo paganizado como religión “*católica*”, es decir, de ámbito universal, siempre al servicio de los intereses del imperio del momento.

Cuando el cristianismo norteamericano haya penetrado hasta las raíces más profundas – sea en su versión directamente anglosajona o en su subsidiaria latinoamericana- se producirá un fenómeno que ya vemos bastante extendido en el entorno en que nos llevamos desarrollando desde hace más de cuatro décadas. De manera uniforme se producirá una transformación mental por la que cualquiera que lea las Sagradas Escrituras sólo podrá hacerlo desde esquemas y patrones mentales del cristianismo

norteamericano. De ahí se desprende el nerviosismo que generamos cuando hacemos alusión a las fuentes hebreas en nuestro estudio de la Biblia, a las que llevamos muchos años remitiéndonos después de estar cansados de las procedentes de la filosofía griega, invasora de la fe judeocristiana, y pretendidamente vendidas para perpetuarse como si fueran verdaderamente bíblicas.

Cuesta un *potosí* hallar una versión bíblica cuya notas hayan sido redactadas por algún español, y tratándose de latinoamericanos, costará igualmente hacer grandes esfuerzos hasta encontrar notas, explicaciones y comentarios que procedan de la pluma de hombres –mujeres, es todavía más difícil- que no se hayan formado en instituciones del ámbito de la “*angloesfera*”.

No habrá habido una conquista violenta, no se habrá producido derramamiento de sangre, al estilo de las Cruzadas y las hogueras inquisitoriales del pasado, gracias a Dios, esperamos. Tampoco se habrá gestado una persecución de violencia agresiva –al menos al principio del proceso- pero el resultado inexorable será que, aunque la Sagrada Escritura no cambia, su lectura más generalizada sólo permitirá una comprensión del Evangelio desde perspectivas y valores impuestos muy sutilmente. Recordemos siempre que hay *una sola Escritura pero muchas posibles lecturas*, y cuando se dispone de los medios necesarios, es fácil imponer una lectura en clave predominante que llegará a convertirse en globalmente homogénea.

La guerra está planteada entre las pretensiones universalistas del Catolicismo Romano, del Islam y de la versión del Cristianismo exportada por el evangelicalismo norteamericano, como “*catolicismo encubierto*”, por cuanto el *Protestantismo Histórico*, en franca decadencia en este Viejo Continente, ha dejado de tener incidencia en la realidad presente, mientras lenta pero progresivamente las iglesias “*hijas*” de la Reforma del siglo XVI, incluso de las que tienen sus raíces en movimientos prereformistas, van volviendo al curso de sus aguas originales mediante los ecumenismos de extraña factura.

El evangelicalismo español, hijo deforme y hereditario del evangelicalismo anglosajón, no levantará su voz frente al sistema imperante, que sólo busca maximizar sus beneficios mediante *la explotación del hombre por el hombre*, lo que, al fin y al cabo, defiende y mantiene en sus metrópolis de procedencia.

A semejanza de nuestros supuestos dirigentes e interlocutores autonómados, cuando no actores fruto del más craso nepotismo, sólo buscan la satisfacción de sus intereses personales o los de las organizaciones que los apoyan y patrocinan directa o indirectamente.

Esto podemos aplicarlo al ámbito político como al religioso. No se levantarán voces de denuncia en este sentido por cuanto el propósito de quienes viven del sistema o pretenden hacerlo es mirar en otra dirección para no perder sus beneficios y prebendas, en algunos casos de verdadera miseria, obtenidos duramente.

Cada vez es más frecuente ver la escena de personas durmiendo en portales, en cajeros de bancos, en coches abandonados o directamente en medio de la calle. También aumenta el número de personas que rebuscan en los contenedores de basura o entre los desperdicios a las puertas traseras de los supermercados.

Esto evidencia que este país nuestro -¿nuestro?- no puede definirse en conciencia como un estado democrático de derecho. Pero tú y yo, amigo lector, sabemos que estas realidades nunca aparecerán en los sermones, estudios bíblicos o literatura evangélica auspiciada por el evangelicalismo de procedencia foránea.

No olvides que la mayoría de las editoriales evangélicas que producen literatura en español están ubicadas en los Estados Unidos de América. ¿Es que nunca has comparado el precio de venta de los libros “*evangélicos*” con los de los que puedes adquirir en cualquier librería secular o “*crisiana no evangélica*”? Es lógico que sus precios sean mucho más elevados. Se trata de productos de importación, que siempre son más caros, aquí y en todo lugar. ¡Caramba! ¡Es muy fácil comprobarlo!

Tampoco vas a escuchar, ni a los “*agentes misioneros*” ni a los *españolitos* criados a sus “*pechos*”, absolutamente nada respecto a la violencia del estado secular contra los más debilitados y empobrecidos.

Ni en sermones, ni estudios bíblicos, ni en su literatura meliflua y adormecedora vamos a encontrar denuncias de los actos de extrema cobardía, de inmoralidad vergonzosa, de saqueo impune por parte de la banca protegida por la oligarquía. ¿Cómo podría ser de otro modo, si tampoco ellos levantan su voz en sus propios feudos?

CONCLUSIÓN:

“Quien se rebela contra la razón es un auténtico rebelde, pero aquel que en defensa de la razón se rebela contra la tiranía merece un título mejor que el de rey.”

Thomas Paine.

(1737-1809)

“La iglesia debe recordar que no es señora ni sierva del estado, sino más bien la conciencia de éste. Debe ser guía y crítico del estado, pero nunca su herramienta. Si la iglesia no recupera su celo profético, se convertirá en un club social irrelevante, sin autoridad moral ni espiritual.”

“La Fuerza de Amar”

Martin Luther King, Jr.

(1929-1968)

“Me avergonzaría formar parte de una iglesia en la que sólo se pudiera escuchar, pero no hablar.”

Rudolf Bultmann

(1884-1976)

“Nadie tiene derecho a hacer como si no pasara nada.”

Uno que pasaba un día por aquí.

Me provoca risa y lágrimas la “*cajita de cartón de zapatos, pero sin zapatos*”, rellena de *juguetitos “made in China”* que una organización del evangelicalismo norteamericano nos insta todos los años enviemos por medio de ellos para los niños saharauis, o los de turno, para que “*sonrían en Navidad*”, como si sólo en Navidad merecieran sonreír los niños de las tierras empobrecidas.

Esta operación me hace recordar aquella campaña de la época franquista, cuando se instaba a toda familia católica y decente de toda la vida a “*sentar a un pobre a la mesa en Nochebuena*”. ¡Qué bonito! ¡Qué entrañable! ¡Qué asco!

Por cierto, ¿qué serán esas bolitas negras, escasas, en medio de los platos de plástico con arroz que comen siempre los niños cuidados por los misioneros? Siempre aparecen en las fotos propagandísticas que nos llegan... ¿Qué serán esas bolitas negras? ¡Dios sabe!

Mientras tanto, los ateos de Cuba reciben a esos niños y jóvenes para darles estudios profesionales y universitarios gratis. Mi esposa y yo hemos conocido a algunos, con nombre y apellido, acogidos varios veranos por nuestros primos de Galicia, y que hoy son hombres y mujeres de provecho gracias a la revolución cubana, no exenta de errores.

Personalmente, yo tampoco soy perfecto en ningún sentido, ni pretendo serlo, ni deseo aparentar que lo sea o pueda serlo, al menos conforme a las concepciones de perfección que circulan por el mundo. De lo contrario resultaría ser menos atractivo de lo que soy, si es que en alguna manera lo sea, porque mi experiencia me ha llevado a la conclusión de que convivir con quienes se creen “*perfectos*” o quienes aspiran a serlo resulta de lo más insufrible que podamos imaginar. Por eso suelo bromear diciendo que “*nunca he sido perfecto, ni lo volveré a ser*”. Básicamente, sólo soy bajito.

Estoy cansado de amoralidad dentro del movimiento evangélico español, del que de momento formo parte con toda consecuencia, o quizá porque no sé a donde dirigir mis pasos. Por otra parte, si Dios me concede un par de semanas de existencia entre los humanos llegaré a los 68 años de vida extrauterina, y ya no está uno para demasiados trotes. De modo que es más que probable que permanezca donde estoy, cansado como para emprender nuevas andaduras.

Amigo lector, no hay crisis, ni en este país, ni en cualquier otro, sino corrupción y desvergüenza, aunque no se diga desde los púlpitos que pretenden ser libres, porque ni los “*agentes misioneros*” que disfrutan de vacaciones al sol, ni sus acólitos españoles, moverán jamás un dedo a favor de los debilitados y empobrecidos, sino sólo para defender sus derechos y privilegios, cuando alguien se los toca o vulnera.

Creo en la “*utopía*” porque la realidad me avergüenza sobremanera, y en el curso de mi vida he podido comprobar que el orden establecido es el mayor de los desórdenes.

Es deleznable pretender tapar tantas desvergüenzas con victorias futbolísticas, si bien esto no es nada nuevo, sino que viene de antiguo. ¡Pan y circo”.

Me repugna constatar que sólo nos importa la defensa de nuestra cacareada “*libertad religiosa*” –apenas un índice de tolerancia mayor que el acostumbrado en nuestra historia patria- pero pasamos por alto la realidad constatable de que en este país los ladrones son absueltos...

Los imputados de alta alcurnia caminan erectos y desafiantes en plena libertad, seguidos a tres pasos por sus abogados de renombre magníficamente remunerados...

Los jueces que pretender hacer memoria histórica son condenados y suspendidos...

Los asesinos son amnistiados y las víctimas siguen en las cunetas o en las fosas comunes desde hace decenas de años porque los hijos y nietos de sus asesinos o encubridores no permitieron ni permiten prosigan las investigaciones...

Con razón reza el retruécano de Ugo Fóscolo (1778-1827) que “En tiempos de las bárbaras naciones, colgaban de las cruces los ladrones; y ahora, en el siglo de las luces, del pecho del ladrón cuelgan las cruces”...

Los trabajadores tenemos que sufragar la crisis de los señores de la economía, es decir, los banqueros y la oligarquía y sus allegados...

Los blindados e impunes no acuden a declarar a los juzgados y los corruptos son premiados...

Hay defraudadores y estafadores que escriben libros desde la cárcel para ser publicados y vendidos, y pretender formar partidos políticos...

Y lo más deleznable es que no faltarán mentecatos que adquieran sus libros y les den sus votos...

Se despide a los docentes; se cierran camas hospitalarias; se cesa de fabricar medicamentos sufragados por el estado por dejar éstos de ser rentables a la industria farmacológica...

Se compran aviones de combate y armamento sofisticado a fabricantes de los países de origen de los “*misioneros*”...

Se deporta a seres humanos empobrecidos; se hacinan extranjeros en campos de concentración bajo el eufemismo de “*centros de detención*” rodeados de muros y alambradas, por el imperdonable “*delito*” de haber venido en busca de una vida mejor y carecer de documentación en regla...

El valor de un hombre llega a ser la existencia o no de un sello de caucho y una firma sobre un documento de papel...

Se deporta a seres humanos humillados; se desahucia a familias honradas endeudadas, mientras se construyen palacios y residencias suntuosas...

Ni los obispos católicos ni los círculos evangélicos dicen nada al respecto...

Se convierte un 10% de los votos en algo menos del 2% de los escaños parlamentarios...

Se roba la seguridad económica para la vejez... Y la lista de vejaciones, indignidades y desvergüenzas se acrecienta cada día en medio de la impunidad por la falta de compromiso de un pueblo cansado y decepcionado.

Se nos van los jóvenes profesionales en una vergonzosa fuga de cerebros...

¿Qué país puede ser ese? Pues uno en el que el puesto supremo del estado es vitalicio y hereditario, es decir, una nación que a todas luces es una dictadura encubierta, en el que ni los “*agentes misioneros*” ni los *españolitos monagos* levantarán jamás un dedo a favor de los debilitados y empobrecidos, y a quien se le ocurra hacerlo le acusarán de “*hacer política*”, como si tal labor fuera indigna o delictiva, cuando menos ajena a los intereses de quienes nos declaramos cristianos por la gracia de Dios.

Evidentemente estos profesionales de la religión, nacionales y extranjeros por igual, están al lado de los que esa misma acusación esgrimieron contra nuestro bendito Señor y Salvador Jesús de Nazaret. No olvidemos que el “*títulus*” en el que aparecía el delito y causa del crucificado para escarmiento general decía: “*Jesús Nazareno Rey de los Judíos*”, cuando sólo el César de Roma podía ser rey.

Si en alguna ocasión los prohombres del evangelicalismo español logran una audiencia con las autoridades que presiden este caos de indignidad y desvergüenza que camuflan bajo el epíteto de “*estado de derecho*”, no será para profetizar, al estilo bíblico, sino para sonreír, entregar al dignatario de turno un ejemplar de la Santa Biblia en edición de lujo, y salir en la foto, como los políticos y sindicalistas que viven del sistema. Luego enmarcarán orgullosos dicha fotografía para colocarla en lugar destacado de sus despachos. ¡Ay la foto! ¡Dichosa fotito!

Para no terminar por vomitar, vamos a poner fin a estas páginas en este punto y hora.

Quiera Dios que pronto venga Jesucristo a buscar a quienes le amamos y esperamos, cualesquiera sea nuestra adscripción denominacional, o ninguna que es mucho mejor.

Lucas 18:8: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”

BIBLIOGRAFÍA SELECTA:

La Biblia...

Algunos periódicos...

El cansancio de muchos años, o por lo menos a mí me parecen muchos y también mucho el cansancio...

Fotos –no podían faltar- algunos viajes, montones de libros y revistas...

Momentos de reflexión, breves, previos a la siesta...

Y puede que alguna cosilla más que ahora no recuerdo.